

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I

México, Domingo 5 de Marzo de 1899.

Número IO

Bellas Artes.



CARIÑO MATERNAL.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Para estos días blancos el cronista necesita escribir la *Historia de lo que no ha sucedido*. Porque la verdad es que el público se cura muy poco de las vergonzantes ternuras de los rimadores y que exige, cada ocho días, una completa revista de la semana, donde, como en un almacén de baratijas, se presenten los sucesos más efímeros bien dispuestos, y colocados de tal suerte que atraigan la atención y llamen a voces a la curiosidad. Aquí se pulen las gacetillas, se limpian las noticias, se recomponen y barnizan los acontecimientos, se remienda la tela de Penélope que, incansables, tejen los días, y que en fuerza de manoseos y trasiegos, se rompe y descolora; se retocan los viejos cuadros que pintó la Fantasía y cuyo fondo descascara el Tiempo con sus uñas tercas. Aquí se pega la chuchería rota, se abrillanta el cristal vahoso y sucio del espejo, se resucitan los oros agonizantes, se encienden las gemas apagadas, se sacude el polvo del olvido...

La crónica es una tienda de viejo, y bien que mal, los que entran en ella me ven junto a la hornaza de la pequeña fragua, moviendo el fuelle soplador, ó limpiando con aceites y drogas alguna repujada empuñadura, ó desenredando los flecos de una tela, ó apretando los flojos brazos de un candelabro. Los que sólo pasan sin entrar, oyen siempre el retintín de mi martillo sobre el yunque. Soy un judío avaro y trabajador que vende objetos corrientes, cosas de uso diario, muebles inútiles, toscas vasijas, armas llenas de orín, tapicerías podridas y desmatizadas, pero que tiene siempre una buena sonrisa para el que saluda, para la mujer que se acerca y para el amigo que pasa.

Sin embargo, tengo mis momentos de franqueza y digo: nada de esto que enseño es bueno, ni nuevo, ni legítimo; esta cortina no es un gobelino, ni esta hoja es de Toledo, ni esta máscara es japonesa, ni esta loriga es de Roldán, ni ese chapín es de Cenicienta, ni aquella copa es la del rey de Thulé. Os engaño. Soy un mercader sin conciencia, un Shylock aborrecible... Tal vez adentro, muy adentro, guarde yo a la virgen pensativa,—a la Jéssica amada, a la Musa Eterna;—mas como soy celoso, apenas si de cuando en cuando, ella se atreve a levantar un poco la persiana y a asomarse un instante para contemplarlos. Vosotros no paráis mientes, y como vais de prisa no se os ocurre alzar el rostro para verla. A mí me parece hermosa. Tiene los ojos negros, resplandecientes y dormidos....

Pero ¡ah! Musa mía, mi literatura de los domingos, estos florones de frases, estos vívidos cintajos de palabras no van a bastarme para bordar todo el vacío de la semana.

No hay acontecimiento social: un crimen pasional, el último acto de una comedia de costumbres, un pobre joven adolorido é impulsivo, que en un arranque de ira desesperada empuña una pistola y mata. Sobre la blancura de la semana ha caído esta espesa gota de sangre, esta mancha de púrpura. Pero el suceso fué un tema flamante y fecundo para bordar en el *canevâ* del periódico la flora extraña de los tropos *reporteriles*. El asunto es solamente una noticia explotable.

* *

¿Acontecimientos teatrales? Sí; *Mesmeris*. Ya desde *Frégoli* conocimos y nos aficionamos a estos *excéntricos* cuyas cómicas fantasías lindan en algunos puntos con la pantomima. Hay en ellas mucho de actor y mucho de *clown*. La máscara de Thalía puesta sobre la cara de Payaso. La comedia que se hace más burda, más accesible y para ello se disfraza de caricatura.

Frégoli, si mi memoria no es infiel es quizá más ductil y flexible que *Mesmeris*. Imita con una maestría no aprendida en Conservatorios ni Academias, las gesticulaciones de la pasión. Sabe reír, sabe ponerse en éxtasis, sabe hacerse el malicioso ó el taimado. Hay dentro de esa fantasmagoría caricaturesca, un pensador. Detrás de Arlequín está, á veces, *Molliere*. Frégoli tiene un poco de *Aristófanes*. Sus actos, sus chocarrerías, sus farsas, están en el término preciso en que acaba lo artístico y termina lo grotesco.

Mesmeris, no obstante, tiene para nosotros, y aun para todos, una ventaja notable: es poligloto. Está armado de los idiomas. Habla con bastantese naturalidad el español. Y además, se conserva en algunos puntos—no, no en todos, en muy pocos,—dentro de los límites del Arte. Tiene una prodigiosa fuerza de asimilación, una gran facultad de percepción, un vibrante sistema nervioso. Tal vez no posee como Frégoli, una naturaleza tan maleable, un organismo tan excepcionalmente sumiso, una carne que toma la forma de todos los moldes, una voz que canta en todas las *testaturas*... pero *Mesmeris* es joven, es ágil y tiene talento.... y eso basta.

* *

Publica hoy *El Mundo Ilustrado* unos fragmentos de la versión española de *Cyrano de Bergerac* y una brillante poesía de Rubén Darío dedicada á este insigne aventurero.

Cyrano ha llegado á ser en corto tiempo, triunfador de todos los tablados europeos. Ha recorrido, echando sus bravatas gasconas, Italia, Inglaterra, Alemania, y ahora, está descansando en la tierra clásica de las pendencias y de las generosidades: en España.

Sin embargo, el triunfo, me decía ayer un sabio amigo mío, no es sólo del poeta; pertenece, en no pequeña parte, al actor. Rostand pensó la obra, la escribió en versos maravillosos; pero Coquelín la dió sangre y alma, la marcó con su sello genial, y la hizo vivir en la región serena del Arte. Hizo el tipo inmortal.

De Amicis, en su viaje á París, encontró un rostro movable, una cara proteica, rica en gestos, en expresiones, en mue-as. La máscara de la Comedia no había encontrado carne más dócil en que amoldarse. Las pasiones humanas no hallaron nunca intérprete más fiel que aquella cabeza, viva y enérgica, iluminada por quién sabe que luz interior que brotaba de los ojos pequeños y penetrantes; ojos que dardeaban al mirar como si se empeñasen en absorber la vida al rededor suyo, ojos escépticos que analizaban con cierta burla ligera y elegante, como habituados á sorprender secretos. El escritor italiano, lleno del entusiasmo de su raza, estudió con una minuciosidad encantadora, todo el complicado mecanismo de ese semblante animado por un espíritu exquisito y observador, que logró dominar de modo tan perfecto la exteriorización, la forma, la gama infinita de las emociones.

Esa cara pertenece al excelso actor francés, el artista más refinado quizá en el arte dramático moderno, á Coquelín.

No es hermoso: tiene la boca expresiva; pero grande y de labios delgados, la nariz chata, incorrecta, chistosa casi, casi ridícula; nariz de guardarropía que ha sido inspiradora de epigramas y sarcasmos, los ojos hermosísimos pero pequeños, y el conjunto en fin, tosco y de líneas duras y vulgares. Ah! pero qué sugestivo, qué cambiante, qué exacto, lo mismo en la alegría que en la pena, en la cólera que en la desesperación. Ante las miradas absortas se transforma, se vuelve clásico, estatuario. bello; muda sus contornos, modifica sus rasgos, corrige su perfil y pone el alma entera, ya triste ó ya regocijada, en aquellas facciones que de súbito se hermocean. La cara de Coquelín es la primera del siglo. Ha vencido á la naturaleza. Con la mímica se ha adueñado de la Plástica.

Esa cara se puso la nariz de Cyrano, y el espíritu del truhán gascón llenó el teatro francés y luego se puso á viajar por Europa.

Rostand es un gran poeta; Coquelín es Cyrano.

* *

Los telegramas anuncian, tristemente, la enfermedad del blanco é ideal anciano que reparte á muchos millones de seres, la esperanza del cielo. El viejo Papa se acerca á la muerte, manso de espíritu y limpio de corazón.

Y, al pensar en esto, recuerdo la fugitiva visión que atraviesa por un libro de Bourget, de un modo sobrenatural, en un jardín melancólico y desierto:

«... Vió un viejo encorvado, cuya sotana blanca brillaba sobre el manto rojo y que se apoyaba, con un brazo, en un prelado de su corte, y con el otro en uno de sus oficiales. Pudo estudiar el delicado perfil del Soberano Pontífice, que se detuvo ante un cuadro de rosas á hablar familiarmente con un jardinero arrodillado. Vió la sonrisa infinitamente indulgente de aquella boca espiritual, el brillo de aquellos ojos que parecen justificar el *lumen in caelo*, aplicado al sucesor de Pío IX por una célebre profecía. Vió la mano venerable, aquella pálida mano diáfana que se levanta para dar la bendición solemne con tanta magestad, dirigirse á una rosa amarilla, y tocar la flor sin cortarla, como para no matar una débil criatura de Dios. El viejo Papa aspiró un segundo la rosa y volvió á dirigirse hacia el carruaje, cuya silueta se distinguía vagamente por entre las verdes encinas....»

LUIS G. URBINA.

Política General.

RESUMEN.—LA SITUACION EN FILIPINAS.—AMERICANOS Y TAGALOS.—NOTICIAS CONTRADICTORIAS.—HORDAS Y EJERCITOS.—PROTOPLASMAS DE PAISES.—EL PORVENIR DEL ARCHIPIELAGO Y LA POLITICA AMERICANA.—LA DIMISION DEL GABINETE DE SAGASTA.—LA LEY DE INDEMNIDAD.—¿QUIEN SERA EL SUCESOR?—LOS CONSERVADORES Y SILVELA.—LAS AGITACIONES DE PARIS.—EL FRACASO DE UN MOTIN.—LA BANCARROTA DE DE-ROULEDE.—LOS MONARQUISTAS SIN PRESTIGIO.—NUEVO TRIUNFO DE LA REPUBLICA.—CONCLUSION.

Dos son las fuentes de información que nos proporcionan noticias sobre la situación de Filipinas: las notas oficiales y semi-oficiales de los jefes y corresponsales americanos, y las que provienen de origen insurrecto; las que suministra á la prensa el gobierno de Washington, y las que dan á los periodistas extran-

jeros las juntas y agentes filipinos de Europa y de Asia. Entre estas informaciones contradictorias, entre estas corrientes de opuestos intereses y contrarias tendencias, cuesta trabajo entresacar la verdad y formarse idea cabal del verdadero estado por que atraviesa el Archipiélago, rotas las hostilidades entre las huestes tagalas y los soldados de Ottis.

Como si bastara estampar una noticia en la prensa de gran circulación, para mover los grandes resortes de los gabinetes é inclinar á los gobiernos en favor de ese protoplasma de nación que tiene su asiento en Malalos, en favor de ese embrión de república que extiende sus ramificaciones por las Islas Vizayas, empuñanse los encargados y representantes de la insurrección en pintar sus hazañas con vivos colores y recargar la actitud de los americanos con perfiles sombríos y siluetas tenebrosas.

Ellos, que apenas se distinguen de la horda salvaje en ciertas condiciones, por ciertos matices; ellos, que por un fenómeno extraordinario acaban de salir del estado semi bárbaro; ellos, que no ha mucho sólo sentían sobre su frente la mano del fraile y sobre sus espaldas el látigo del capataz, quieren ofrecerse ahora á los ojos del mundo como los campeones de la civilización, como los adalides del progreso, como los corifeos del sentimiento humanitario, y lanzan sobre sus enemigos el estigma de la reprobación universal. Faltan á la fé pactada, se desligan de las leyes de la guerra, rompen los principios generales que obligan á las naciones en sus luchas, esgrimen el puñal, agitan la tea fatídica del incendiario, y hablan después pomposamente de libertad y democracia, altísimas palabras que no pueden comprender esas masas ciegas que guían unos cabecillas ambiciosos.

* *

Y la lucha se ha hecho sangrienta; á la resistencia tenaz de los unos, ha correspondido el ataque violento de los otros. Un montón de escombros humeanes, en las aldeas que rodean Manila; rojas manchas de sangre en el suelo filipino; la conquista de Ilo-Ilo; la sumisión de la isla de Negros y la rendición de Cebú, han sido los primeros resultados de la campaña en favor de los americanos. Vigilancia constante entre los soldados de Ottis; una línea de más de veinte millas que hay necesidad de cuidar para evitar una sorpresa; luchas diarias; combates incesantes en un clima atrasador y bajo un cielo de fuego; la astucia primitiva, la infidelidad oculta, la emboscada traidora, y un heroísmo salvaje: esos son los obstáculos que han detenido á las huestes de la República del Norte, y han impedido hasta ahora é impedirán por mucho tiempo la sumisión de los rebeldes.

* *

Entre tanto, los escrúpulos que habían tenido los republicanos se disipan poco á poco; los obstáculos que habían levantado los demócratas se vencen con facilidad; la oposición al programa expansionista de Mc Kinley, abierta en las cámaras y en la prensa, se desvanece lentamente. Después de la aprobación del tratado de París por el Senado, que significa la aceptación de cargas formidables y deberes sagrados, ante la historia y ante la humanidad, se aprueban los proyectos de ley para la indemnización que ha de pagarse á España y para el aumento de la marina y del ejército, tras acaloradas discusiones y transacciones insignificantes con los opositores.

Si el Archipiélago Magallánico se ha de convertir en verdadera colonia, á cuyo efecto se harán enmiendas á la constitución de los Estados Unidos; si se concede á los territorios anexados las condiciones de territorio federal, dando el carácter y las prerrogativas de ciudadanos americanos á todos sus habitantes, sean cultos, semicivilizados ó salvajes; ó si se sigue en Filipinas el mismo programa observado en Cuba, pacificar á las tribus rebeldes, domeñar á los altivos, educar á todos para el régimen del gobierno propio, y en tiempo no lejano manumitirlos para que constituyan una nueva nación independiente: cosas serán que habrán de resolverse en el gabinete de Washington, precidido por Mc Kinley ó por el que haya de sucederle, caso de que la flebre imperialista decaiga y los comicios del año de 1900 den nuevos rumbos á la política americana.

* *

Pero mientras llega ese momento, correspondiendo á las exigencias de la situación y contestando á los mensajes apremiantes de Dewey y de Ottis, allá van los transportes con nuevos refuerzos, fatigando las olas de los dos Océanos; allá van cruceros y acorazados para estrechar el bloqueo; y allá irán también buques de pequeño calado para penetrar por todos los estrechos y canales, por todas las radas y ensenadas que bordan las costas accidentadas del dédalo inextricable que se llama las islas Filipinas.

Abierta la campaña, iniciada la lucha, no creemos que haya algo capaz de detenerla. Nada valdrán los extraños auxilios que de los pueblos comarcanos reciben los insurrectos. Nada significarán las llamadas intervenciones extranjeras, de las que tanto se ha hablado, pero que hasta ahora no aparecen. Se perseguirá con mano firme el filibusterismo, se procurará que los tagalos y vizayos queden reducidos á sus propios recursos, y remontados en los bosques, ocul-

tos en las selvas enmarañadas, parapetados detrás de las montañas, resguardados por sus lagos y pantanos, habrán de ceder, al fin, á una fuerza superior.

Pero hasta entonces ¡cuántos sacrificios impuestos al pueblo americano! ¡cuántas vidas inmoladas! ¡cuántas riquezas perdidas! ¡cuántas energías agotadas contra esas masas informes que anhelan libertad, por más que no estén en sazón para alcanzarla!

* *

Abiertas las cortes españolas y solicitada por la corona la ley de indemnidad por la cesión de las Islas Filipinas en el tratado de Paris, ha podido la oposición conservadora ligada con disidentes liberales, segregados del grupo fusionista, contrarrestar la influencia del gobierno, sobreponerse á su antes abrumadora mayoría, y desechar por ende la ley sometida á la deliberación del parlamento. Suspendida la discusión, el señor Sagasta ha pedido la disolución de las cortes, y en caso de no ser aceptada esta medida por la Reina Regente, se retirará del poder, dejando el lugar al partido que obtenga la confianza de la soberana.

Nuevos rumbos para la política española anuncia la presente crisis. El jefe de la fracción liberal que ha dirigido la nave del Estado en medio de tormenta deshecha, el señor Sagasta que aceptó una situación difícil, en Octubre de 1897, cuando las colonias rebeldes imponían á la metrópoli cruentos sacrificios, y amenazaban hundir al país en guerra extranjera, se retira hoy de la escena política, después de haber sido arrollado por una fuerza superior incontrastable.

Desde que ocurrieron desavenencias en el gabinete por la renuncia del general Chinchilla, gobernador militar de Madrid, á quien quiso sostener el ministro de la Guerra, general Correa; desde que Gamazo se separó de su puesto, dejando la cartera de Fomento, y López Puigcerver, tuvo que abandonar sus proyectos hacendarios, estaba planteada la crisis; pero con gran habilidad había sorteado todos los escollos el jefe del partido liberal y conjurado todos los nuncios de tormenta.

El voto de confianza que le ha negado el parlamento lo deja sin su antiguo prestigio; y si la Reina no le renueva sus poderes para disolver las actuales Cortes, es segura la caída del gabinete Sagasta.

¿Quién habrá de sustituirlo?

Silvela, que en solemne discurso político ha inscrito en su programa la completa sumisión al Vaticano, y encarna por tanto la reacción, ¿será el llamado á formar nuevo ministerio? Quién sabe, pero la fracción que acaudilla el *leader* conservador es la única que tiene probabilidades de organizar un nuevo gobierno responsable. A él tocará entonces la ardua tarea de reconstruir el país después de la inmensa catástrofe que acaba de sufrir.

* *

Bien decíamos que más que nunca estaba firme la República Francesa sobre sus cimientos de granito. Bien hacíamos en tener plena confianza y fe consoladora en que, al hacerse la transmisión pacífica del poder, por la muerte sentida de M. Faure, todas las maquinaciones de los que trabajan en la sombra contra la democracia y todas las agitaciones de los que intentan destruir el régimen constitucional existente, se habían de estrellar contra la roca dura en que asentaron la República sus ilustres fundadores,

Después de todas las amenazas de los agitadores, que pretendían aprovechar las pompas solemnes en los funerales de M. Faure, para sus oscuros manejos, he aquí el resultado final: dos diputados presos, de los cuales se ha pedido ya el desafuero á la representación nacional; un motín que aborta; un general honrado que sabe cumplir con su deber; un montón de retratos y medallas del Duque de Orleans que dan mucho que reír; un susto extraordinario en el aristocrático barrio de San Geruán y un aplauso unánime en las filas republicanas y en las masas populares.

* *

Juzgó Paul Deroule de fácil empresa conquistar una brigada; habló al general Roget para que se posesionara del palacio del Elíseo y arrojara de ahí al nuevo presidente, al golpe de sus bayonetas; se encontró con un soldado de honor; su arenga patriótica se perdió entre los gritos del bulevar, y hoy se envanece de su hazaña callejera en los calabozos de una prisión militar.

El mismo Duque de Orleans, pretendiente romántico al trono de Francia, que va de Bruselas á Turín y de Turín á Bruselas en incansables excursiones, el mismo príncipe trashumante ha tenido que desautorizar la desgraciada y poco graciosa aventura, y desaprobar los torpes manejos de su oculto partidario, pecador impenitente y actor principal en la zarzuela del general Boulanger, que hablaba hoy—¿quién lo creyera?—en nombre de la Liga de los Patriotas.

Los agentes de la autoridad en constante vigilancia han sabido romper esa Liga y otras varias. Acudieron á tiempo á sofocar la conspiración; hicieron fructíferas visitas en los domicilios de personajes reconocidamente monarquistas; tomaron posesión de documentos interesantes, que formaban la trama en



SR. INGENIERO FLAVIO DESSY.

[Véase la página 188].

esta maquinación frustrada, y dispersaron á los agitadores, como aristas que lleva el vendabal.

* *

Si mayor importancia hubiera tenido el complot, mayores energías habría desplegado la autoridad para sofocarlo en su cuna. Ha bastado una intervención mesurada para evitar todo peligro á la República.

Después de este incidente, cuán magestuosa será su marcha y con qué ingente patriotismo, libres de esos estorbos, podrán dedicarse los encargados de velar por la seguridad en el interior y en el exterior, á su verdadero engrandecimiento! Cultivarán cuidadosamente las tendencias pacíficas que se notan en Berlin, para hacer olvidar viejos rencores; se prepararán con toda energía á cualquier evento que pudiera surgir del otro lado de la Mancha; procurarán en el orden legal hacer que brille la justicia en el embrollado asunto Dreyfus, que tan contrario ha sido á los legítimos intereses de la patria francesa; y firmes, serenos y tranquilos, llegarán al fin espiendoroso del siglo, abriendo al universo los opulentos salones de la Exposición, para congregarse en el gran certamen á todos los pueblos, unidos, siquiera sea por un momento, en abrazo fraternal y entonando juntos el himno de la paz y del progreso.

Marzo 3 de 1899.

*Luís
Pina Chiquero*

LA EXPOSICION DE BELLAS ARTES.

Camilo Saint Saenz dice en alguna parte hablando de arte en general y de pintura en particular: «Para el público el asunto es todo, para el artista lo principal es la manera de tratarlo.» Ya Haydn había afirmado que, en música, el tema es lo de menos y el *tratamiento* es lo importante; que con un tema cualquiera se puede hacer buena música si se le sabe *tratar* y que resulta desastroso, por bueno que él sea en sí mismo, si no se le encuentra *tratamiento* adecuado. Según esta doctrina, sobre el tema de «La Paloma» ó del «Pica Perico» se puede escribir una Quinta Sinfonía de Beethoven.

Esta extravagancia revela la pasión de los artistas por la técnica, por el mecanismo, por el *tratamiento*, y la propensión de posponer la obra misma al *modo* y *manera* de ejecutarla ó realizarla. El maestro de piano de un amigo mío le dejó un día, como ejercicio, una escala diatónica ascendente y le dijo: «volveré dentro de tres meses y si ya la ejecuta usted con verdadero mecanismo, pasaremos á otros ejercicios.» A ese paso la vida es un soplo y sólo Matusalem puede aspirar á ejecutar con *buen mecanismo* las danzas de Ascorve ó las mazurkas de Alejo Infante.

Otro ejemplo: admiraba yo y elogiaba en los salones de San Carlos, un primor de acuarela de Gamba, una virgencita con el niño en los brazos, dulce, tierna, divina, con unos ojos profundos, azules y apacibles como el cielo, llena de vida, de juventud y amor; una voz fría, menospreciativa, seca y cortante como el acero interrumpió mis ditirambos y dijo: «Eso no vale nada; tiene toques de *gouache*.» El feliz poseedor de la acuarela bajó la cabeza agobiado, entristecido y decepcionado y yo abrí desmesuradamente los ojos, asombrado de aquel género de crítica, contundente entre los del oficio. Para ellos el acuarelista está obligado, so pena de deshonra, á no usar otro blanco que el del papel; quien echa mano del albayalde para acentuar un toque de luz, para acusar un contorno, para avivar un lineamiento, no es acuarelista, ni artista, ni pintor, ni nada; convicto de delito de *gouache* queda inscrito en el índice é incurre en anatema. ¿Que la obra queda más bella? ¿que el trabajo resulta más perfecto? ¿que la ilusión es más completa? No importa; se han violado los principios, y ya se sabe que es preferible perder las colonias.

La exageración del mecanismo y de la técnica, conducen á la extravagancia y ésta se manifiesta en el colorido lo mismo que en el toque. Así por ejemplo, pintores hay que todo lo pintan azul ó verde ó color de rosa; cielo, tierra, plantas, animales y personajes todo resulta impregnado de jugo de sandía, de zumo de naranja ó de cosa así. Serra, exhibe dos cuadros, el uno, «Roma» es todo rosa; el otro, «El espejo de Diana» es todo ocre. Este pintor tiene un talento enorme y el rosa uniforme de su «Roma» encuentra explicación en la hora crepuscular, y el ocre del «Espejo de Diana» no choca ni ofende porque imita una pintura á la sepia. Pero qué decir de «La Nube de Verano» de Alperiz, pintada toda con *chille* de menta, ni de «Los fuegos de Artificio» de Gumeiry, coloridos con pulque de Aurora?

Crearse una dificultad y tratar de resolverla; tal parece ser para muchos el ideal del arte, y por ese camino se llega rectamente al amaneramiento ó al efectismo. Al efectismo como en «La Nana» de López Cabrera, en la que por pintar un grupo de cabezas iluminadas por una lámpara, el artista consiguió representar una lámpara iluminada por un grupo de cabezas. En donde estalla este efectismo amanerado con toda su extravagancia es en «La fiesta del Redentor en Venecia» de Villegas. El problema fué el siguiente, al parecer: pintar la obscuridad *alumbra* á la vez por la luna y por farolillos multicolores. He aquí la solución: en un fondo absolutamente negro, se destacan, al fondo, un disco opaco de excelente crema que trae el agua á la boca, y en primer término, entre contornos vagos y lineamientos indecisos, varios racimos de frutas luminosas. Villegas cree haber conseguido su objeto, puesto que deja subsistir las tinieblas en noche de luna y salpimenta la obscuridad con puntos luminosos. La coincidencia de luna, tinieblas y farolillos, está realizada; pero el cuadro es detestable. Y para que se vea que no es lo principal en arte y en pintura la manera de *tratar* el asunto, sino también el asunto, basta cambiar el título del cuadro para que resulte aceptable. Llamándole «Apoteosis del Camambert», todo se esclarece. El disco de crema sobre fondo negro, es el Camambert surgiendo del Caos; los lineamientos indecisos, las proas de las inciertas góndolas y éstas mismas, representan bastante bien un grupo de ratones regocijados; los farolillos venecianos en plena negrura, serían ojos de gatos en acecho, esperando que los ratones almuercen para empezar á comer y la verosimilitud se completa con el hecho de que el Camambert está ya medio roído.

Si del amaneramiento y del efectismo del colorido, pasamos al del toque, tendremos que ungir como pontífice al pintor Mas. Dios mío! qué catarata de brochazos, qué aguacero de pinceladas. Tal parece que el pintor riñe á pincelazo limpio con sus telas. De esta *riña y golpes* del pintor con sus cuadros, resulta á veces una impresión extraña: todo desequilibrado, inconsistente, movedizo, sin solidez ni apoyo. En su «Quinto del Ejército», la campaña parece sacudida por un terremoto, las rocas se desploman, el sendero se retuerce, las colinas parecen sometidas á una presión interior, el suelo se agrieta, el quinto vacila y á mayor abundamiento las dos figuras del fondo de las que no se percibe sino el busto parece que se las ha tragado la tierra. Esta pintura podría denominarse «Sorprendidos por el terremoto» y resultaría admirable de vida, de movimiento y de verdad. Nueva prueba de cuanto la etiqueta influye sobre el valor de la mercancia.

En el «Perrito» del mismo autor hay el doble amaneramiento, el del toque y el del colorido; cada lana es un brochazo, ya verde, ya azul, ya amarillo, ya rosa, ya crema y de no llamarle «El perro guacamaya» pudiera llevar el nombre de «Perrito Serpentina.»

Si en algunos predomina el brochazo-cuchillada, inferido con sable de abordaje ó con navaja catalana, hay otros pintores que tienen preferencia por los instrumentos punzantes y que no acuchillan sino que picotean sus telas.

«La Noria» de Salvador Clemente y «Antiguos Amigos» de Federico Godoy están pintados con rueditas de todos colores y parecen hechos de aplicación con

confetti; hay en la «Noria» una vaca puntillada de venturina que no hay más que ver.

Por último y siempre dentro del amaneramiento del toque, hay pintores que no punzan ni cortan sus telas sino que las apedrean. Las lamas que flotan en «El espejo de Diana» de Serra, son verdaderos pedruscos que levantan media pulgada sobre la tela; aquí la pintura pasa á la categoría de bajo relieve; las hojas de los árboles de Serra no son sino un mosaico de piedritas de hormiguero.

* *

Estas tendencias del arte, que hemos ejemplificado, no constituyen defectos sino por su exajeración ó por su predominio exclusivo; pero hábil, sabia y prudentemente combinadas conducen á creaciones de alto mérito y de todo punto admirables. Tal es el Monaguillo de «Una Limosna» de Benlliure y Gil; hay en él verdad sin calca, mecanismo en el tratamiento del sobrepelliz, sin amaneramiento y hay psicología sana y posible, en la expresión regocijada, con sus puntas de infantil vanidad, de esa admirable cabeza de niño satisfecho y orgulloso de revestir un uniforme vistoso y de desempeñar un cargo público; lleno de vida y de inocente júbilo.

No es menos admirable la Cabeza de Anciana de Gedovius y puede que lo sea más. Una verdad asombrosa y palpante informa toda la composición; la mano en que descansa la mejilla es de una realidad absoluta; con solo ella se pueden definir los setenta años de la mujer; el perfil es irreprochable y tal como corresponde al sexo y á la edad de la figura. En punto á expresión apenas puede ponderarse la que reviste la anciana; no se ven los ojos, por estar ella casi de espaldas, y sin embargo, se adivina la mirada profunda, severa y apacible; no se ve casi la boca y se discierne la vaga sonrisa, satisfecha y benévola de una abuela feliz. Hay no sé qué en la inclinación de la cabeza, en los lineamientos del perfil, en el carácter y la disposición de las arrugas, en el tinte de la tez, en el conjunto de la figura, que revela á la mujer que ha vivido, que ha gozado y sufrido, que ha luchado y triunfado, que ha sido madre y abuela; y de todo el cuadro se desprende la impresión tranquila y serena de quien ha aceptado el deber y lo ha cumplido, la severidad melancólica de quien ha conquistado la paz con sacrificios y de quien, llenada su misión sólo espera y anhela el supremo descanso. Y qué tratamiento! ni el colorido chillante, ni el pincelazo brutal, ni el dibujo extravagante y convencional. El pelo y el peinado, sobre todo, son magistrales y dan deseos de envejecer con esas canas. Omíto, por no alargar más esta revista, el análisis de otros muchos cuadros que como «La Madona de las Lagunas Pontinas» de Serra, la «Santa Teresa» de Adolfo Lozano y otros más constituyen verda-

deras joyas y han bastado á dar lucimiento excepcional á la Exposición.

* *

Pero si algunos pintores han logrado fundir en un todo admirable y armonioso las tendencias que solicitan al arte moderno y crear, gracias á ello, obras maestras, hay otros y aun esos mismos en algunas de sus producciones, que exagerándolas y acentuándolas han producido pinturas no sólo discutibles sino inaceptables.

Hizo mal Gedovius, á quien no hemos escatimado los elogios y apenas le hemos hecho justicia, de lanzarse á la pintura de fantasía para probar que la tiene, sugerido por mezquinas hablillas que circularon contra su persona.

Su «Primavera» comparada con sus otras obras produce un doloroso contraste. Quiso fantasear porque le habían dicho que carecía de inspiración y que era tan sólo un buen retratista, y para probar, sin necesidad, su inspiración, se lanzó á componer un cuadro todo alegórico, que no se pareciera á nada y que ofuscara todo y no pudo sortear el escollo de la exageración y de la extravagancia que surge ante los que trabajan por vanidad y por apuesta y en el que suele encallar la nave de su reputación. Su «Primavera» triste es decirlo, no es más que una escoba de varas en la que hacen gimnasia media docena de flores animadas.

«El Doctor Pierrot» es también una creación incoherente y absurda, amanerada y extravagante. Según algunos, el pintor quiso explotar una idea profunda: Pierrot, el grotesco, el perverso, el bufón, ante la idea de la muerte. Esta hipótesis es insostenible y no concuerda con el título del cuadro. Aquella figura vestida de Pierrot, no es Pierrot mismo.

El tipo literario y teatral de Pierrot, enharinado, romo, mofletudo, debió haberse conservado si la idea era la de representar el tipo legendario y tradicional. En vez de eso el artista nos presenta un mexicano, moreno, sin pintar, y parecidísimo á persona conocida. La idea que surge luego es la de que no se trata de Pierrot sino de un individuo vestido de Pierrot. Los accesorios prueban que se trata de un estudiante de anatomía vestido de máscara. Hay en los muros mapas anatómicos, recargada contra la mesa la pipa tradicional de los estudiantes alemanes, la figura tiene en la mano un cráneo y lee un libro; la espada de taza y cruz y la capa de brega que están tiradas en el suelo no son atributos simbólicos de Pierrot: la terracota, el candelero, los libros, etc., revelan la época actual.

Es pues y quiso ser un estudiante de medicina vestido de Pierrot, es decir, que va ó vuelve de una orgía carnavalesca; y ya vaya, ya vuelva de ella, no se

comprende que esté estudiando; si va, porque el estudio no lo prepara á divertirse y sobre todo se comprende mal que estudie ya disfrazado, y si vuelve, porque lo lógico no es que estudie, sino que descansa y duerma. Y luego; qué estudiantes hay que estudien en Febrero? eso no se ha logrado ni con los semestres!

Resulta, pues, la concepción, incoherente, absurda, incomprensible, un verdadero rompecabezas por exceso de simbolismo. En cuanto á la ejecución no nos parece aceptable. Pierrot viste de papel ministro, tan duros, rígidos é inflexibles así son los paños; no hay colorido ó casi no lo hay, ni claro obscuro, salvo algunas manchas de tinta que simulan sombras en el traje, y los accesorios son incoherentes como la pipa alemana, la espada de taza y cruz y el percal de brega.

Vuelva sobre sí el estimable artista: que le conocemos bastante para afirmar que le sobran ciencia, talento y amor al arte y que es capaz de hacer mejor.

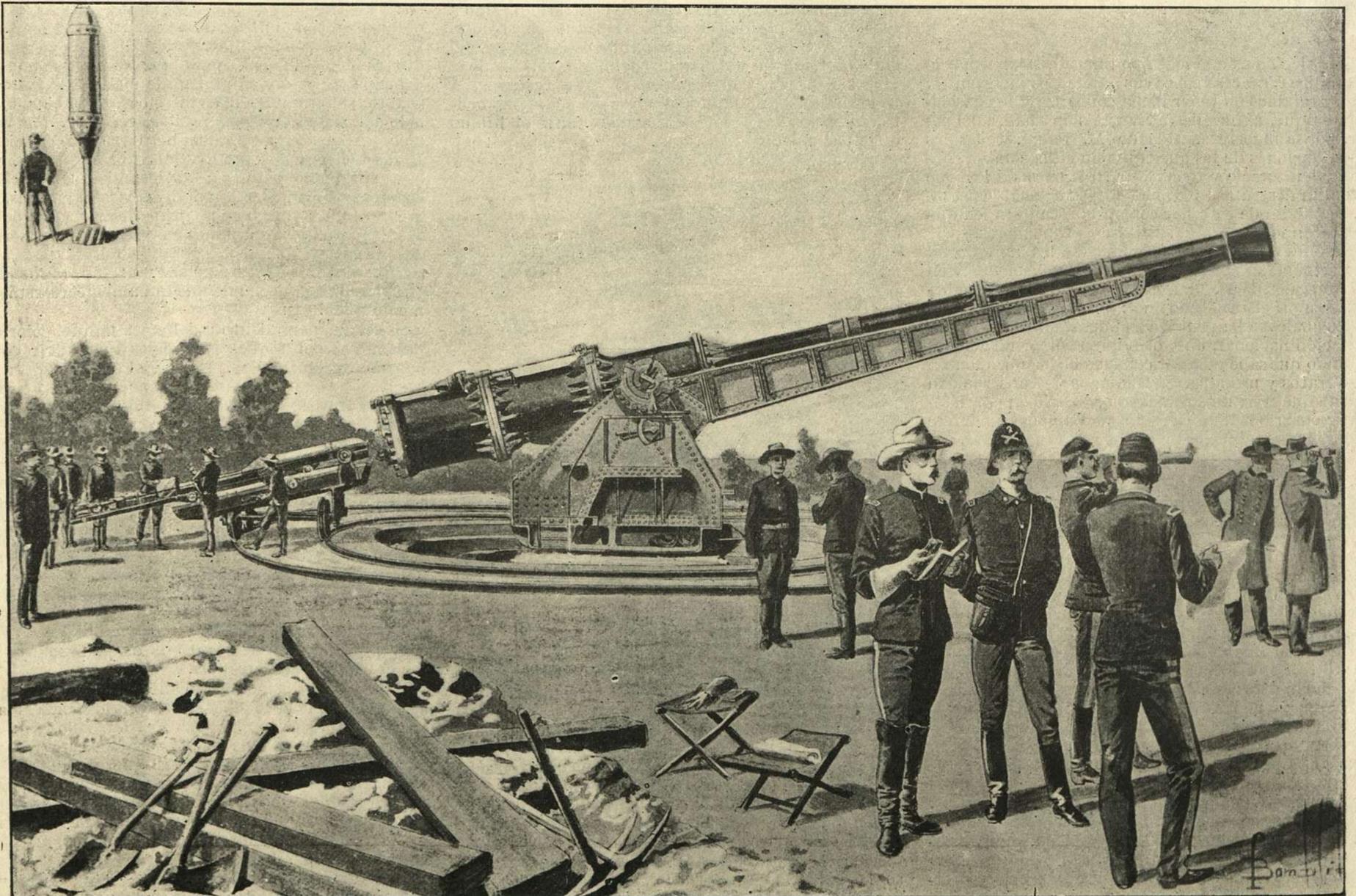
En suma y á pesar de algunos lunares inevitables en una exhibición tan profusa, la Exposición resultó lograda y con la creación de la sección extranjera, marca el principio de una nueva era para el arte nacional.

José M. Flores

El nuevo cañón del Puerto de New York.

Los americanos aprovechan las enseñanzas de la guerra con España y han consagrado una buena parte de sus esfuerzos á la defensa de las ciudades del litoral.

Ultimamente ensayaron en Fishers Island un cañón enorme que será uno de los más poderosos guardianes de la ciudad y puerto de New York. Fué construído por la «Dixon Manufacturing Co.» de Scranton, Pa. Tiene un calibre de 15 pulgadas y 50 pies de longitud, pudiendo enviar á una distancia de 5 kilómetros un proyectil de 500 libras de nitro-gelatina que abarca una zona de destrucción de 100 metros en derredor del punto de choque. Para apreciar el efecto de este explosivo, basta decir que 100 libras de él, levantan en el mar una columna de agua, alta como los más altos edificios de New York.



NUEVA YORK.—EL NUEVO CAÑÓN CON PROYECTILES DE NITRO-GELATINA, MEDIO PODEROSO DE DEFENSA ADOPTADO PARA LOS PUERTOS DE LOS ESTADOS UNIDOS.

S. S. LEÓN XIII EN EL VATICANO.

El Santo Padre profesa íntima y cordial aversión á la fotografía, y durante muchos años no se ha visto una cámara fotográfica en el Vaticano. Como buen inglés Mr. W. K. L. Dickson, al fin obtuvo el permiso para retratar á S. S. después de muchos meses de constantes esfuerzos. Las vistas y retratos

que sacó, y que forman esta plana, merecieron la aprobación de S. S. y más tarde las aprobaron también el Cardenal Gibbons y Monseñor Martinelli



San Pedro. Vista tomada desde una de las ventanas de la habitación de S. S. León XIII.



El Papa León XIII paseando en los jardines del Vaticano en compañía de su sobrino el Conde Pecci á quien S. S. distingue con especial afecto.



S. S. León XIII bendice las fotografías de Dickson cuando éste se las presenta.



Retrato de S. S. León XIII. Es el último que se ha tomado hasta la fecha.



«Hace calor» dijo el Papa al tomar asiento para que lo retratara Mr. Dickson.



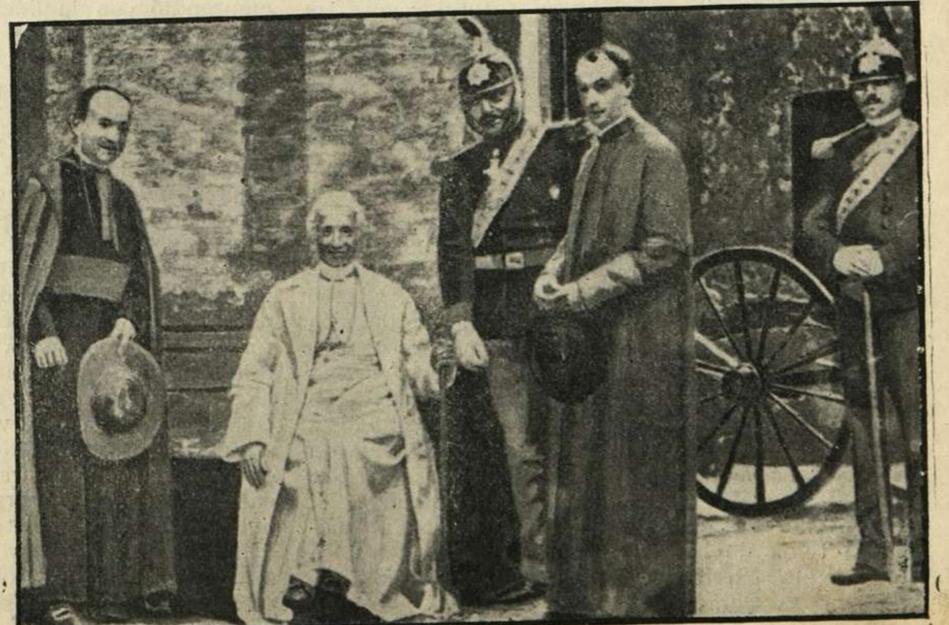
El Papa en su coche oficial. Para tomar esta fotografía se abrió el coche, cosa inusitada, pues S. S. siempre pasea en su coche cerrado.



Jardín del Papa. La calle de la derecha junto al muro, es el camino favorito de S. S. cuando sale, para hacer ejercicio.



«Hagamos algo por él» dijo el Papa y echó á andar delante de Dickson y del fotógrafo.



«Estoy á sus órdenes» dijo el Papa con amabilidad. El Conde Pecci, sobrino del Papa, está á su izquierda. Las otras dos personas son el Conde Solerini y Monseñor della Volpe, de la Corte Pontificia.

El Ferrocarril de Klondike.

Shagway, al pié del Paso Blanco, es el punto marítimo terminal del Ferrocarril de Klondike que conduce á los placeres de oro. No podía escogerse mejor ruta, ni puerto más accesible para ir de Victoria, Vancouver y de los puertos americanos de Puget Sound.

No obstante las grandes dificultades de la obra, se ha construido ya una buena parte de la vía herrada.

Ante todo era preciso destruir el obstáculo que oponía la gran roca Porcupine, cerca de Paso Blanco. Los grabados de abajo dan una idea de lo que era ese obstáculo, y como cayó á impulsos del trabajo y de la energía de los «prospectors.»

Todo es factible para el hombre que no se amilana y antes acomete con brío una empresa sembrada de dificultades, y esto que es verdad innegable tratándose de la humanidad en general lo es más aún si te-



EN KLONDIKE: PUESTO DE POLICIA EN WHITE HORSE Y TRANVIA EN EL CAÑON MILES.

Este es el principal desembarcadero para los vapores que surcan el Yukon.

Hermana de esta anécdota debe considerarse la siguiente que es inglesa. El conde de Oxford, tesorero de Jorge I, preguntó en cierta ocasión al poeta Rowe, hombre ambicioso, si entendía la lengua española, y el interrogado respondió negativamente. Mas imaginando luego que tal vez pensara el magnate hacerle embajador ó confiarle una misión extraordinaria en la corte de Castilla, añadió: que si no sabía español, tardaría poco en saberlo. Aceptó el conde su propósito y al cabo de unos cuantos meses se le presentó el poeta diciendo muy ufano: «Ya comprendo el español perfectamente,» y cuando esperaba que le encargasen de alguna misión honrosa y lucrativa, oyó que el tesorero se limitaba á decirle: «Dichoso vos, que podéis entender y saborear en su original la admirable historia de *Don Quijote de la Mancha!*»

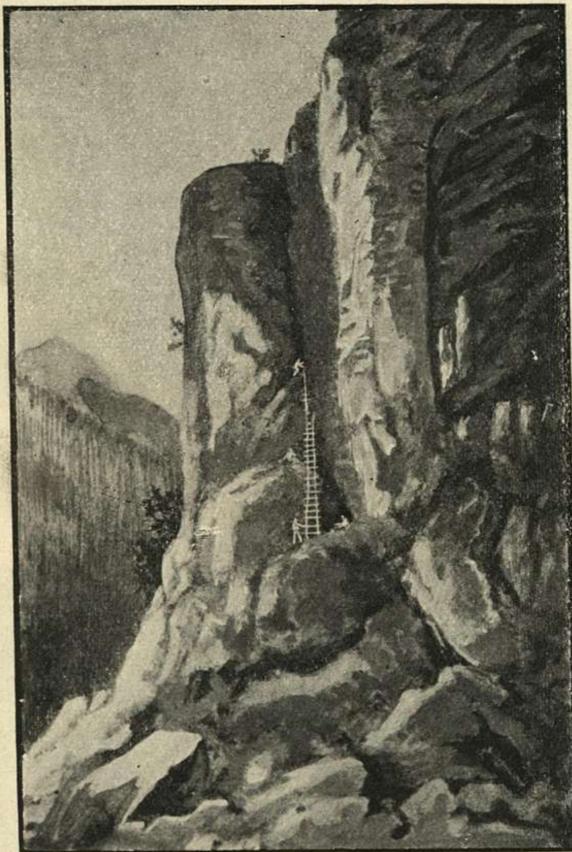
Puede que estos dos casos no sean ciertos, sino imaginados; pero sirven para demostrar que no mucho tiempo después de su publicación, se comprendía lo mismo en Inglaterra que en España la obra del cautivo de Argel. Por esto dijo D. Martín Fernández de Navarrete, que ninguna nación extraña ha igualado á Inglaterra en apreciar el mérito de Cervantes, y sin ser erudito puede cualquiera citar, además de muchas traducciones, obras enteras, juicios extensos y frases aisladas que lo prueban.

Basta recordar á Juan Bowle, pastor de la parroquia de Idemostone, que fué quien primero acometió la colosal empresa de comentar y anotar el *Quijote*, interpretando lo que le parecía obscuro, explicando el sentido de algunas citas y alusiones literarias y formando una lista de cuantos nombres propios hay en la obra, en todo lo cual empleó catorce años, prueba de entusiasmo por Cervantes, á quien llama «honor y gloria, no sólo de su patria; pero de todo el género humano.» A dar idea de cómo realizó Bowle aquella abrumadora labor, bastará decir que se leyó entero el *Amadís de Gaula* para convencerse de la afirmación de Cervantes, cuando dice que al escudero de *Don Galaor* no se le menciona en aquel larguísimo libro más que una sola vez.

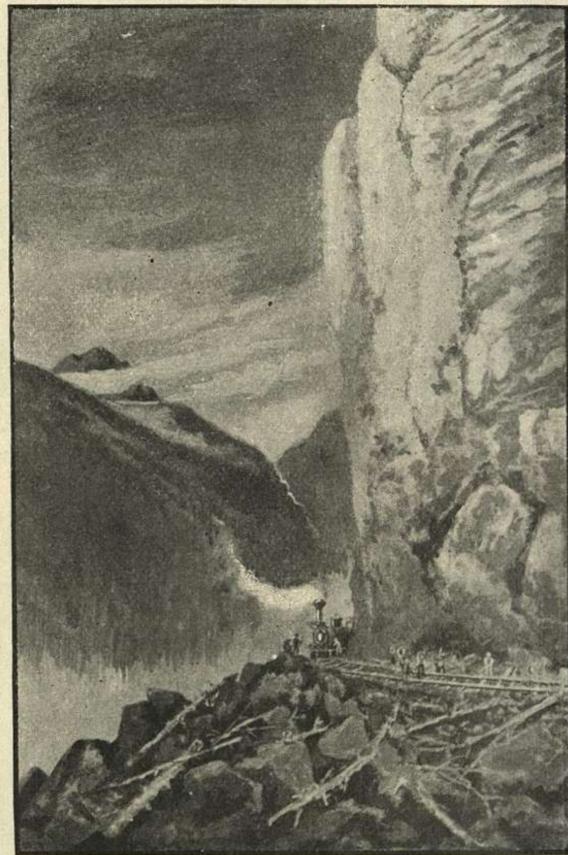
Otro inglés, sir Guillermo Temple, declara que Cervantes «llegó á una altura á que nadie ha llegado ni llegará probablemente.» En una palabra, la admiración á Cervantes ha sido tal en algunos hijos de la Gran Bretaña, que uno de ellos, llamado Inglis, emprendió con la fidelidad y exactitud posibles el mismo viaje durante el cual sucedieron á *Don Quijote* sus célebres aventuras.

Mucha filosofía hace falta para indagar las causas por que Cervantes y su libro son tan estimados de los ingleses, gente de raza y condición en tal grado contraria á la nuestra, que parece haberse impuesto por misión no desperdiciar coyuntura de hacernos daño. Lo cierto es que en la política de Inglaterra, desde los tiempos de Felipe II hasta la guerra de sucesión, y desde la sorpresa de Gibraltar hasta el presente, ha prevalecido siempre el deseo de debilitar á España para que nunca pueda tener en el Mediterráneo la fuerza y la importancia á que le da derecho la naturaleza. La única vez que Inglaterra nos favoreció, y harto cara nos costó su ayuda, lo hizo por odio á Napoleón. Cuando somos vencedores, como en Africa, nos detienen, estorbándonos llegar á Tánger; cuando vencidos como ahora, prestan apoyo á nuestros enemigos. Y sin embargo, ese pueblo, de cuya malquerencia tenemos tantas y tan tristes bruebas, es el que más ha traducido y celebrado aquel libro sin par donde, bajo lo esencialmente humano, palpita lo peculiarmente español. Y no se diga que Inglaterra

admira en él sólo la triste ironía á que se presta, y el amargo humorismo que se desprende de la vida de aquel pobre caballero siempre enamorado de «la justicia, que es su verdadera Dulcinea, y siempre apaleado, porque la prueba de que *Don Quijote*, además de hombre, es español, está en que ni la razón concibe, ni la fantasía imagina que pudiera ser tan real y verdadero como es, en ninguna otra tierra que la nuestra. Suponed á *Don Quijote* italiano, y será acaso más culto y de más refinados gustos; pero menos varonil y enérgico; imaginadlo francés, y no le veréis moicgerado y casto; figuráoslo alemán, y perderá sobriedad y finura: hacédlo inglés, y aunque conserve toda su fuerza cómica, tendrá *sentido práctico* y perderá la grandeza moral que le hace amar la gloria por sí misma. Malos tiempos son estos para ensalzar á *Don Quijote*, que en cada combate por lo ideal quedaba molido á coces y puñadas; pero permítasenos afirmar



FERRO-CARRIL DE KLONDIKE. BARRENANDO UNA ROCA PARA TENDER LA VIA.



LA PRIMERA LOCOMOTORA FRANQUEANDO EL PASO ABIERTO POR LA DINAMITA.

nemos presente lo que es un aventurero anglo-sajón.

El primero de los grabados representa el Puesto de Policía y el desembarcadero, frente «á los rápidos» de White Horse: es de verse el tranvía de madera por donde transitan los pasajeros y que conduce los equipajes y mercancías, evitando el único trayecto peligroso para la navegación en aquellos lugares.

Este es el camino por donde se establecerán las comunicaciones con la región del Yukon.

“Don Quijote” en Inglaterra.

Refieren algunos libros viejos una anécdota que casi se ha hecho popular; aquella donde se cuenta que hallándose Felipe III asomado á un balcón del alcázar de Madrid, vió que por las alamedas del Campo del Moro, paseaba un estudiante leyendo un libro con extraordinarias señales de alegría, riendo á carcajadas y expresando con sus movimientos todos, el regocijo que la lectura le causaba. «Aquel estudiante—dijo entonces el rey—está fuera de sí ó lee la historia de *Don Quijote*.» Por obediencia ó adulación, bajaron los cortesanos á confirmar la sospecha y hallaron que el estudiante leía el *Quijote*. Sea ó no verdadero, el caso revela perfectamente el concepto que ya entonces se tenía de la obra, pues con sólo ver reír á un lector podía ocurrírsele á cualquiera que estaba leyendo el *Don Quijote*.

con orgullo que el Caballero de la Triste Figura es español de pura raza, y creemos, complaciéndonos en ello, que quienes mejor le comprenden en Inglaterra no son los políticos de oficio, sino los filósofos y los literatos.

A esta escogida minoría, que á larga en todas partes impone su criterio, pertenece sin duda Mr. Jaime Fitzmaurice-Kelly, caballero inglés que acaba de hacer en Edimburgo una hermosa edición castellana del *Quijote*, lujosamente impresa, que ha de constar de dos tomos en cuarto mayor, de los cuales se ha publicado el primero.

Sin afirmar que pueda considerarse como definitiva, nos atrevemos á decir que esta edición es de las mejores que se han hecho, y que la notable y erudita *Introducción* de que va precedida será objeto de grandes discusiones y diversos juicios, todos los cuales habrán de coincidir en que su autor ha hecho un estudio tan concienzudo de la obra que, si llevado á cabo por un español habría de ser mirado con respeto, tratándose de un extranjero es digno de nuestra gratitud.

En este interesantísima *Introducción*, partiendo de la base, ya indiscutible, de que hay dos ediciones de la *Primera edición* del *Quijote* hechas en Madrid, una impresa en 1604 (publicada en 1605) y otra impresa y publicada en 1605, el autor afirma y sostiene que el texto de la primera es el que se debe considerar como más puro; mejor dicho, el que, purificado mediante minuciosa observación y análisis, puede ser más fiel

al espíritu de Cervantes. He aquí las razones que aduce.

Dice que «sin recursos suficientes para publicar el *Quijote* por su propia cuenta, Cervantes vendió los derechos de autor á Francisco de Robles, librero del rey. Robles envió el manuscrito á la imprenta de Juan de la Cuesta, y acabado de estamparse el 1º de Diciembre de 1604, debió de salir á la venta á principios de 1605.» Esta edición, como saben todos los bibliófilos, es muy mala, inferior á otras hechas por el mismo librero; clara señal de que no confiaba en el resultado de la empresa, lo cual se prueba recordando que Robles no sacó privilegio mas que para Castilla. Viene en seguida el éxito de la obra, dada la época, asombroso, y los editores, aprovechándose de la tacañería de Robles, se apresuran á reimprimirla. En Lisboa se hacen dos ediciones el mismo año de 1605 y el propio Cervantes habla de una edición barcelonesa, cosa muy fácil de creer, porque había editores catalanes tan activos como Sebastián de Cormellas, que por costumbre reproducía, dentro del año de su publicación, toda obra que alcanzaba fama rápidamente. Escarmentado Robles, sacó privilegios para Aragón y Portugal, preparando la segunda edición legalmente autorizada. La priesa con que se hizo esta segunda edición está demostrada por dos erratas de bulto que hay en la misma portada. Cervantes, añade Fitzmaurice-Kelly, no tenía parte en este asunto, pues vivía en Valladolid, y además, en aquella época, luego de vendidos sus derechos, los autores para nada intervenían en la suerte de sus obras. Ello fué de modo que si la primera impresión tuvo errores, los de la segunda, hecha con mayor precipitación, fueron más numerosos. Para demostrarlo trae á plaza el autor de la *Introducción* observaciones muy atinadas, viniendo á parar en que el único texto de autoridad que tenemos es la primera de las dos ediciones de 1605 de Madrid, la *editio princeps*. «Esta, añade, como las demás, no tuvo la ventaja de imprimirse bajo la inspección del autor, y puede ser que el copiante y el impresor se equivocaran. Para esto no hay remedio. Lo que sí puede remediarse es la injusticia cometida con Cervantes atribuyéndole absurdos que jamás escribió.» Cree Mr. Fitzmaurice-Kelly que estos absurdos provienen en parte de la primera edición y en mayor medida de las correcciones mal hechas y desacertadas variantes de las ediciones sucesivas; por lo cual, para la presente ha considerado que lo más seguro, con objeto de restablecer el texto en toda su integridad, era atenerse al de la primera edición, no admitiendo enmienda alguna, por hábil que parezca, cuando exista presunción racional de que Cervantes escribió la palabra ó frase del texto primitivo. En el curso de las pruebas para llegar á esta afirmación, Mr. Fitzmaurice-Kelly critica y censura con no poca dureza á Clemencín, á Hartzenbusch y á la Academia, cuyas ediciones del *Quijote* arrancan, no de la primera de 1605, sino de la segunda y posteriores; por ejemplo la de 1608, que, sin fundamento, se supone revisada por Cervantes.

Ello es, en fin, que como resultado de la comparación entre la primera y siguientes ediciones del *Quijote* surge esta nueva impresión, donde hay multitud de correcciones lógicas, alteraciones que por ser de sentido común son mejoras, variantes de importancia indicadas en notas y hasta episodios, que en otras impresiones van en el texto, puestos en apéndices, como, por ejemplo, el robo del rucio, que en la primera edición no se menciona y que Cervantes repudia en dos capítulos de la segunda parte.

Basta lo dicho para dar idea de las cualidades de laboriosidad é ingenio, de constancia y perspicacia que este trabajo supone. Claro está que no todo lo que en él se sienta y defiende tendrá indestructible fundamento; pero en totalidad y conjunto el trabajo de Mr. Fitzmaurice-Kelly ha producido una edición del *Quijote* tan importante como las de Bowle, Tonson, Pellicer, Clemencín y la Academia, á las cuales corrige y mejora en muchas ocasiones. Sobre todo, esto, hecho por un extranjero y por añadidura inglés, viene á ser una muestra de simpatía á España.

Seamos, pues, justos saludando á Mr. Fitzmaurice-Kelly con respeto por el mérito de su trabajo y agradecámosle el cariño y el entusiasmo con que ha contribuido á la gloria del pobre Caballero de la Triste Figura; hoy más que nunca, aunque algunos renieguen de él, símbolo y cifra del espíritu generoso y noble de Cervantes y de la tierra que fué su patria.

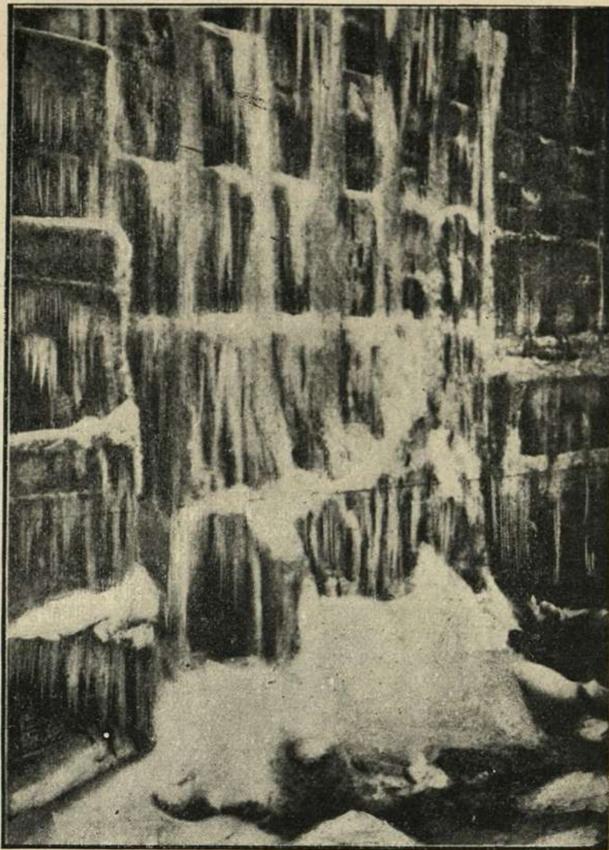
Este entusiasmo por el *Quijote* que representa la edición de Mr. Fitzmaurice-Kelly, es altamente consolador. Dominios, colonias, tierras, lo que se pisa y se palpa, cosas son que pueden perderse, sujetas al poder del más fuerte: mas las riquezas del entendimiento, los tesoros del ingenio, el encanto de la poesía, lo intangible... ¿quién lo podrá robar?

JACINTO OCTAVIO PICON.

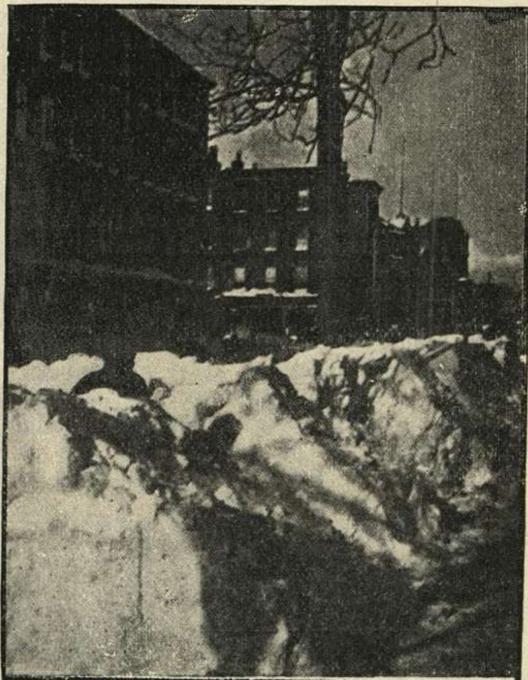
La gran nevada de Febrero de 1899 en Nueva York.



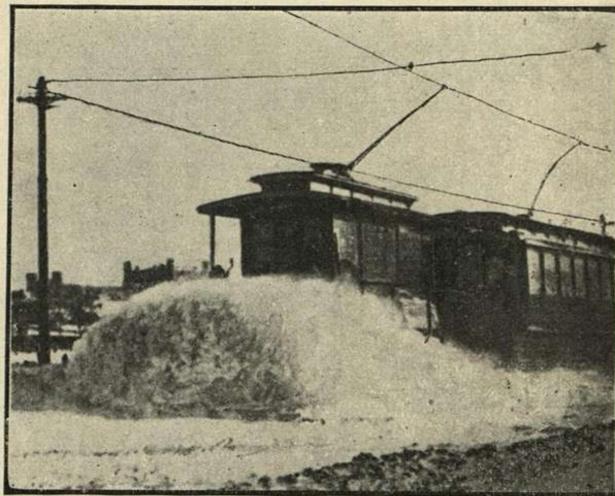
«EL GERMANIC,» VISTO DE POPA.



MUROS CUBIERTOS POR UNA CAPA DE HIELO.



ROCAS DE NIEVE EN UNA CALLE DE NUEVA YORK.



TRANVIAS ELECTRICOS CAMINANDO ENTRE LA NIEVE.

LA GRAN NEVADA DE NUEVA YORK.

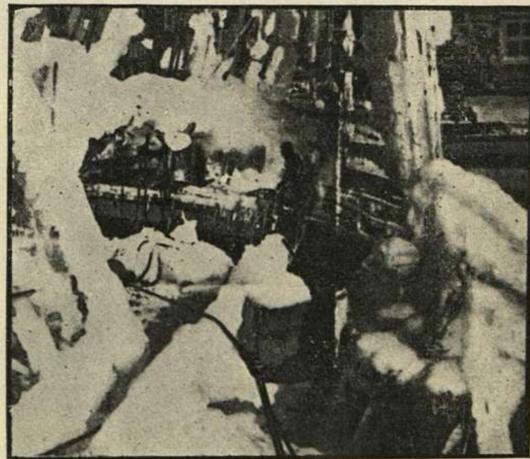
Pocas veces, acaso nunca, se había visto una tormenta tan terrible como la que comenzó en los Estados Unidos el 9 de Febrero, pues si el año de 1888 subió más la nieve, esta vez en cambio el frío fué de una intensidad insoportable, y en algunos lugares de Luisiana y Florida, jamás había descendido tanto el termómetro.

Llegó á tal grado el rigor del frío, que una multitud de familias no teniendo en sus habitaciones aparatos de calefacción suficientes, se refugiaron en los hoteles, así como los habitantes de los barrios suburbanos, quienes temían aventurarse en lugares aislados.

La carestía de los combustibles y artículos indispensables para la alimentación fué excesiva y hubo lugares en que faltó por completo el carbón, y se dió el caso de que, en un tribunal hubieron de arder en la estufa los muebles y cuando se agotó el inusitado combustible, tuvo que suspenderse la audiencia.

Los pobres desprovistos de todo medio de subsistencia y defensa contra la inclemente temperatura, y á quienes se repartieron socorros, pasaban de sesenta mil personas, y es de observarse, que no eran esos todos los necesitados, pues la mayor parte de las víctimas, ó no conocían los medios de implorar la caridad munificente oficial y privada, ó se hallaban en tal estado que les fué imposible aventurarse fuera de sus habitaciones.

Las Sociedades de Caridad recibieron la ayuda eficaz de los particulares, y el Gobernador y el Departamento de policía, dieron instrucciones para que se



VISTA DE PROA DEL VAPOR «GERMANIC» A SU LLEGADA AL PUERTO DE NUEVA YORK.

asilara en los cuarteles y comisarías á todas las personas necesitadas de auxilio.

En cuanto á la suspensión de tráfico y perjuicios sufridos por las líneas de ferrocarriles, tranvías, cañerías de agua y gas, etc., son inenarrables y basta ver nuestro grabado para tener una idea de esa terrible nevada.

MEXICO ANTIGUO.

Las casas de Don Juan Manuel.

El aspecto que presentaban las calles de México recientemente consumada la conquista por los españoles, y aún en los años siguientes, era singular y hasta repugnante.

No había en ellas empedrados, ni banquetas, ni faroles, ni atarjeas. La tierra suelta, el agua corrompida corriendo con tintes tornasoles por enmedio del arroyo; las vacas y los cerdos vagando como si estuvieran en un egido: tal era el aspecto que tenían.

Las casas, unas enteramente acabadas, otras á medio concluir: entre unas y otras, solares cercados, en los que la hierba inculta, crecía anémica y amarillenta en terreno salitroso.



CASAS 22 Y 23 DE LA CALLE DE DON JUAN MANUEL.

Y esto relativamente á las calles en que se puede asegurar que había limpieza. Muchas eran verdaderos muladares, limitados á uno y otro lado por humildes casas de adobe. En el centro ostentaban verdaderos pantanos de pútrido lodo y elevadas *cordilleras* de inmundos montones de basura, pletóricos de asquerosos gusanos y sucias moscas.

¡Que no se diga que pintamos con negros colores aquellas viejas calles! Leanse las realistas páginas que nos dejó Don Francisco Sedano en su curioso libro, *Noticias de la ciudad de México*, y se verá que es poco lo que hemos dicho en comparación de lo que él consignó á cerca de las calles, y de la misma Plaza y Palacio de la capital de Nueva España.

No aspecto tan repugnante, pero sí á medio concluir sus edificios y con terrenos desocupados entre casa y casa, era el que presentaba á principios del siglo XVIII la entonces llamada *Calle Nueva*, después de *Don Juan Manuel*, por el célebre personaje que allí vivió, Don Juan Manuel de Solórzano; privado del Virrey que gobernaba á la sazón la Nueva España, influyente además por su fortuna, protagonista de una conseja popular en la que aparece ahorcado por los ángeles, y víctima en realidad de sus émulos y de la venganza de los Oidores que formaban la audiencia.

La tradición popular presenta á Don Juan Manuel de Solórzano como un monstruo, que noche á noche, con sangre fría espantable, asesinaba á las once en punto, á cualquier vecino que pasaba frente al zaguán de su casa; pero la historia ha demostrado que si Don Juan cometió un asesinato fué en defensa de su honra, mancillada cobardemente mientras él sufría las incomodidades de una prisión.

Pero la conseja y la verdad sobre el suceso, ya las hemos consignado en otro lugar, [*México Viejo*]; ahora sólo intentamos desvanecer un error muy común entre los eruditos callejeros.

¿Cuáles fueron las casas que habitó Don Juan Manuel en la calle que lleva todavía su nombre?

Cuando un fuereño cándido ó un excursionista *yanqui* hacen esta pregunta, los *cicerones* les señalan una de las dos casas marcadas hoy con los números 22 y 23 de dicha calle.

La ubicación del sitio que ocuparon las casas de Don Juan Manuel de Solórzano es exacta; es cierto que allí estuvieron, pues según testimonios de antiguos vecinos, *tras del convento de San Bernardo tuvo su casa habitación el legendario Don Juan*, aunque también construyó y poseyó muchas de las que entonces formaban la calle; mas en lo

que sí calumnian á la verdad los citados *cicerones* es en afirmar que las casas números 22 y 23 son las mismas que habitó el ajusticiado por los ángeles.

Las casas de Don Juan Manuel de Solórzano fueron mandadas derribar por la Audiencia, cuando los Oidores misteriosamente ahorcaron á Don Juan que había asesinado al Alcalde Don Francisco Vélez de Pereyra, por haberlo hallado casi en los brazos de su adúltera esposa.

Derribadas las casas con el transcurso del tiempo, en el propio sitio y en el último tercio del siglo pasado, dos nobles y ricos personajes edificaron las suntuosas casas que hoy se encuentran allí.

La número 22 fué del Conde de la Cortina. Don José Gómez de la Cortina vino á México en 1737, donde hizo una gran fortuna, probó su nobleza, fundó un mayorazgo en 1778, obtuvo en 1783 un título de Castilla que le concedió Carlos III por Real Cédula de 16 de Enero de este año, y murió en 1784, legando su título de *Conde de la Cortina* á su sobrino Don Servando Gómez de la Cortina, quien á su vez lo legó á su hija única, Doña María Ana Gómez de la Cortina Rodríguez de Pedrozo, la cual se unió con Don Vicente Gómez de la Cortina, y fruto de este matrimonio fué Don José Justo Gómez de la Cortina, que nació en la citada casa número 22 de la calle de Don Juan Manuel, el 9 de Agosto de 1799, y heredó por último el mencionado título.

Don José Justo fué General, Académico de la lengua y de la historia, fundador de la Sociedad de Geografía, muy competente en ciencias físicas, severo crítico, anticuario, distinguido literato y sabio filólogo como lo demostró en muchos y correctos estudios que dió á la estampa, en no pocos que dejó manuscritos, y en su clásico y erudito *Diccionario de Sinónimos Castellanos*. Murió el 6 de Enero de 1860, y su cadáver embalsamado, se sepulcra en la Capilla de la casa de las *Hermanas de la Caridad*, en cuya fundación tanto trabajó su familia.

Respecto á la casa número 23 de Don Juan Manuel, notable por su arquitectura, característica del estilo que predominó en México á fines del pasado siglo; con su mirador de azulejos, sus monumentales barandales y rejas, sus muros de *tetzontle*, sus canales en forma de cañones, sus puertas claveteadas y ostentando sendos aldabones, fué también *casa solariega* de Don Juan Manuel González de Cosío, *Conde de la Torre Cosío*, y uno de los varios descendientes que tuvo el antepenúltimo Emperador de los aztecas, el desgraciado y pusilánime Motecuhzoma Xocoyotzin.

LUIS GONZALEZ OBREGON.

EL SR FLAVIO DESSY.

El Sr. Flavio Dessy, cuyo retrato publicamos hoy, es un hombre de empresa digno de toda loa, que acaba de publicar en Florencia un folleto destinado á sugerir al capital italiano, la idea de emprender en grandes negocios cafeteros en el país.

El Sr. Dessy propone la plantación de dos millones de cafetos en una de las zonas más feraces del Estado de Oaxaca, empleando para su cultivo á una colonia de cuatrocientos italianos. Cree él que la inmigración italiana será muy fructuosa para el país y aun presume que su convivencia con el indio, ayudaría á realizar en un porvenir más lejano esa fusión de intereses y de afectos entre el natural y el criollo, *quees desideratum* de todos los patriotas de México.

El folleto á que aludimos, es muy razonado y muy interesante y revela en el Sr. Dessy, un criterio alto y un notable espíritu de observación.

IMPRESIONES

La vida es un viaje que algunos hacen en dormitorio Pullman y otros en los furgones para bestias.

D'AVENEL.

**

La política es el arte subalterno de jugar con palabras é ideas, como juegan algunos cirqueros con botellas y cuchillos.

DELAFFOSSE.



Las once. Afuera una noche helada, con soplos de viento y torbellinos de nieve. En el interior del hotelito que ocupa el conde d'Eysseve, cerca del parque Monceau, y en aquella noche de Navidad, adviértese el silencio de las casas que el duelo ha visitado, un duelo terrible entre los duelos. Al oír este nombre d'Eysseve no hay un parisiense que no recuerde el fin trágico de la condesa, muerta, en la primavera, de una caída de caballo. Por mi parte no puedo pensar en ella sin acordarme de la primera representación de la *princesa de Bagdad*, y sin ver de nuevo á la adorable mujer ante su barrera, con sus cabellos castaños separados en dos simples bandos, su rostro alargado, su fina palidez y sus ojos oscuros, que la lijera miopía hacía guiñar un poco, cuando no se ayudaba ella, para ver mejor de su lente de oro, cuyo mango cincelado manejaban con tanta lindeza sus dedos menudos.

Dejó tres niños huérfanos: dos hijos; el mayor de los cuales Pedro, tiene once años; el menor, Armando, diez; y una niña, Simona, que no tiene aún ocho años.

Los niños habitan un segundo piso del pequeño hotel. Los dos hombrecitos tienen una recámara común. Simonita, la llegada al último, tiene su recámara especial. Y en aquella terrible noche de Navidad, en que los niños pobres tiritan de frío en las calles, la niña rica tiene también frío en su recámara tibia en que el fuego acaba de morir: frío en el corazón. El tapiz habano que se extiende por donde quiera, las cortinas rosa y verde, donde se abriga la camita pintada de claro; la madera rosa del ropavejero de la cómoda y del pequeño *secretaire*; los coquetos y frágiles objetos de toilette esparcidos sobre la mesa—todo prueba la minucia del lujo de que la condesa había rodeado á su hija mimada. Era su orgullo cuando sus amigos visitaban esa recámara y exclamaban: «Oh, querida mía á nosotros no nos consentían así á esa edad...» Pero qué infeliz se siente Simona en ese tibio asilo en que está sola con su pensamiento! Pienso que desde la muerte de su madre algo ha cambiado para ella, alrededor de ella, así como la atmósfera de afecto en que vivía se ha helado repentinamente. No es precisamente por esa muerte por lo que la niña sufre. A su edad, esa palabra terrible, la muerte, no representa la realidad espantosa: la colina del padre Lachaise, un hoyo entre centenares de otros, un ataúd en un compartimento de ese hoyo, y en ese ataúd una forma para siempre inmóvil y que se va descomponiendo hora por hora... No; la madre muerta es para sus imaginaciones de niña inocente y piadosa, esta madre que voló al cielo, al lugar vago y lejano, lleno de delicias interminables, poblado de ángeles que vuelan como en el grabado de su libro de misa—morada venturosa donde ella espera unirse un día á la desaparecida. Ha conservado de esa querida ausente una versión tan fresca, tan hermosa! No la vió ella con los ojos cerrados, la boca abierta, lívida y con la frente ensangrentada. El primer cuidado del conde fué enviar á todos sus hijos á casa de su madre en Versalles. Les pusieron vestidos negros y ellos preguntaron por qué. Al principio no se les respondió. Ellos comprendieron que habían sido heridos por una desgracia únicamente por la piedad adivinada en los ojos que los miraban. Pero el vasto parque á donde los llevaban á jugar en aquellos días de Abril era tan verde, con su multitud de estatuas y el agua dormida de sus estanques! Después su padre fué á su lado: «¿Y mamá?...» preguntaron los tres. El conde de los abrazó llorando. Tenía un rostro tan triste, tan triste!... Lo que la pequeña Simona recuerda sobre todo, es que en tal día comprendió esa cosa

con ella sin cubrirla de caricias. Paseábase un día con Pedro y Armando, conducidos los tres por la señorita María, su aya. Su padre apareció de pronto. Ella se precipitó hacia él como de costumbre con un ímpetu de todo su ser. Y solamente al ver sus ojos, al sentir la manera con la cual él recibió sus besos, adivinó que ya no era el mismo para ella. El asombro la sorprendió de pronto y algo como un estremecimiento de timidez. Qué mal había hecho ella sin embargo ese día. Por qué le dijo él con una voz que no le conocía sino al día siguiente de aquellos en que había merecido ser regañada: «Vete con la señorita...» en tanto que él se iba por otro lado tomando de la mano ya á Pedro, ya á Armando, pero no á ella?... Desde entonces no le ha hablado jamás con otra voz. Y en los mil pequeños detalles de que se compone su vida de niña, ha habido un cambio tan total que ella no puede explicárselo porque no sabe que es profunda, absolutamente inocente. En la mañana, inmediatamente después de levantarse, tenía, desde en vida de su madre, la costumbre de ir á la recámara de esa pobre madre, y después á la de su padre y ahí se quedaba largo tiempo dejándose mirar. Esas visitas acabaron, acabaron las frases zalameras, acabaron las risas que sus menores saludos producían en aquel rostro de hombre cuyos ojos ya no se fijan en sus ojos. Ella no se atreve á buscar esas miradas, desde que ha leído en ellas esa frialdad que la hiela hasta el fondo del alma.

Ya no osa acercársele y tomar su mano para besarla, desde que él la retiró con cólera, un día en que ella se permitió esta caricia: esa mano siempre ocupada en otro tiempo en alisar sus bucles, en acariciar su mejilla. En vano ha multiplicado sus esfuerzos de niña concienzuda para que el aya no tenga un reproche que hacerle; jamás recompensa un cumplido su celo, y le parece que esta injusticia de su padre ha contagiado á todos los que la rodean, desde sus hermanos que la tratan con tanta brusquedad hasta la señorita que se impacienta más pronto... Y á quién quejarse? Su buena abuela de Versalles está tan enferma, tan torpe, y además no la ve casi nunca. A su padre mismo? En su presencia se siente paralizada de un terror que no puede vencer. En otro tiempo tenía un amigo, M. de Aydie, su padrino, pero jamás viene á la casa. La ha encontrado alguna vez en los campos Elíseos; pero se ha contentado con saludar á la aya sin hablarle—aun cuando ella vió que la seguía con los ojos largamente. Por qué la ha abandonado él también, puesto que la ama como en otro tiempo, según ha adivinado ella en su mirada? Experimenta la angustia de un niño perdido entre extranjeros y que se siente abandonado, casi odiado. Oye al viento pasar sobre el hotel, gemir largamente, alejarse, volver, azotar con sus ráfagas las vidrieras cerradas y se pregunta si todos están dormidos en la casa.

Es que ha formado un gran proyecto. Puesto que el niño Jesús debe descender esa noche y llenar de dulces y de juguetes los zapatos colocados al lado de la chimenea, en la pieza de estudio, por qué no habría de dirigirse á él á fin de que le alivie de la pena que tan duramente la hiere?

El niño Jesús habita en el cielo y han dicho á Simona que su madre estaba en el cielo también.

Le ha venido la idea de escribir á su madre. Pondrá la carta en su zapato. El niño Jesús no puede dejar de verla, de tomarla y de remitirla. Ha encontrado, pues, el medio de escribir en dos ó tres días, esa

carta á su madre, que ha puesto cuidadosamente en un sobre, en el cual su mano temblorosa ha escrito esta dirección: «A mamá, en el cielo...»

Pero no se ha atrevido á colocar el sobre en el zapato delante de la aya y delante de sus hermanos... Ahora todos reposan. No llega rumor alguno de la puerta de la derecha que es la de la recámara de Pedro y de Armando, ni de la puerta de la izquierda que es la de la recámara de la señorita. He aquí que Simona se desliza de su camita. Ha ocultado la carta en el cajón inferior del ropero... Va á tomarla á tientas... Su corazón late tan apresuradamente á la idea de que pudiera chocar contra algún mueble... Sus pasos vuélvense menudos, para no embarazarse con la larga camisa... Abre la puerta que está á la derecha de su cama, la que da al corredor. Justamente en este minuto el viento sopla más fuerte y ahoga el crujido de esa puerta. La niña se halla en el pasillo. Dos puertas más y entra en el cuarto de estudio. Hay ahí una gran mesa, en medio, un estante á la izquierda... Toca el mármol de la chimenea, se inclina; una botita, otra... Son las de sus hermanos. Ella ha preferido poner sus chinelitas de noche porque le ha parecido que la carta se mantendría mejor encima. Pone ahí la carta, sobre el zapato, de manera que sea bien vista y la pobrecilla vuelve toda temblorosa hasta el momento en que se desliza de nuevo en su lecho, cuyo calor vuelve á encontrar con delicia.

Tiene en el corazón una llama de esperanza que la calienta. No es posible que su madre no la proteja.

La una de la mañana. La ventana del gabinete de trabajo del conde de Eysseve brilla sola en medio de la noche sobre la obscura fachada. El conde está sentado junto al fuego y también piensa en vez de dormir. Hace un año—sólo un año—su mujer y él se en-



contraban reunidos en esa misma pieza, acabando de preparar los regalos reservados á los niños. Triste y desoladora cosa, cuando el recuerdo de una muerta á quien se ha amado tanto, es también el recuerdo de una traición!...

Esa queja del viento al rededor del hotel, que arrulla el sueño de Simona, tranquila por fin, acaba de llenar el alma de este hombre de una melancolía casi loca.

Se imaginó ver de nuevo á su mujer como si allí mismo estuviese; contempló su dulce palidez, sus ojos brunos y su sonrisa, siempre jugueteando sobre esa boca fina. Y era posible que, tras esa mirada, tras ese rostro, tras esa sonrisa, se ocultase un horrible secreto de adulterio? Ella tenía una mirada tan limpia y tan pura, que encontraba, constituía en él una felicidad, y ella lo engañaba, lo engañaba hacía muchos años, á él, á él que sólo de pensarlo se hubiera creído deshonorado.—Qué hay, pues, de cierto en este

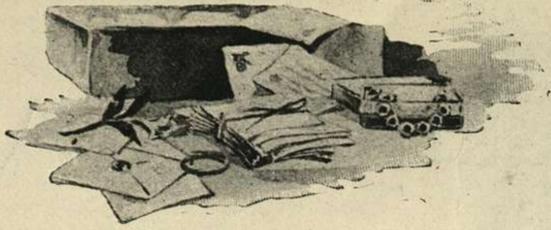


mundo cuando hasta su Alicia, hasta ella era falsa como los demás? Ah! cómo consolarse, cómo poderse consolar de que esa boca cuyas sonrisas había adorado tanto, le hubiese mentido? Qué feliz fué cuando por primera vez la conoció joven, casi niña, en un baile, revestida de púdicos encantos. La había amado desde entonces, y cuando pidió su mano, él, había enmudecido profundamente y se había avergonzado de su pasada juventud... y la había hecho su esposa... De qué sagrada emoción se inundó su corazón cuando la condujo al altar! Una multitud se oprimía ante la Iglesia y él ni siquiera se fijó en esa multitud, contemplando tan sólo esa criatura blanca entre las ondas de su velo blanco y de la cual emanaba una suavidad tan penetrante que él se creía indigno de tamaña felicidad... Mentira, todo era mentira, todo, hasta la pureza de su noble semblante, hasta el pudor con que se había recatado al abandonarle su cuerpo. El conde contempló de nuevo la intimidad de la alcoba nupcial y creyó ver sobre la almahoda esa cabeza de virgen ingenua envuelta entre la cascada de sus enortijados cabellos. Que otro los hubiese manoseado, que otro hubiese cubierto de caricias ese rostro ideal, que otro hubiese impreso su boca sobre esa boca, era una visión horrible, pero menor sin embargo, que la impresión horrible del abominable engaño. De qué cieno está formado el corazón de la mujer, para que ésta se haga el ánimo de presentar á su marido una frente de madona, siendo así que lleva aún en su carne, en toda su carne, el estremecimiento de los besos prodigados en una cita clandestina? El no hubiera sufrido lo que sufría, si ella no hubiese mostrado ese semblante; pero mentir de ese modo, con esos hermosos ojos—ojos tiernos que no podía dejar de amar!

Han pasado algunos días desde el instante aquél en que el conde supo la fatal nueva. Había salido por la mañana, á caballo, con su esposa. Había presenciado, loco de desesperación, el trágico accidente. El fué quien con sus propias manos trató de socorrer á la moribunda, y la noche misma del entierro de esa mujer idolatrada, cuando presa de todas las agonías del amor, había ido á su alcoba para engolfarse en sus recuerdos, allí, en esa alcoba había palpado la prueba espantosa é indiscutible. Había tirado de uno de los cajones donde ella encerraba los objetos de su preferencia y había tropezado con un paquete de cartas que le descubrieron todo....

Ella tenía un amante!... Y por quién se había dejado seducir? Por el hombre para quien debería haber sido sagrada, por ese Marqués de Aydie que había sido su camarada, su compañero de juventud, por ese... Todo, todo se le reveló de un golpe; las primeras luchas, la intentona de fuga de Aydie, su inesperado regreso, las circunstancias de la criminal condescendencia de Alicia, sus remordimientos y lo que es peor: el secreto oprobioso del nacimiento de Simona. Sí, esa criatura que el conde había preferido á las otras! esa pequeñuela que había adquirido sitio aparte en el altar de las ternuras no era suya; no era su hija!

¡Oh estúpida y necia ceguedad! Por qué no supo reconocer que esa frágil y delicada criatura no tenía los rasgos de su raza, no se parecía á sus dos hijos tan



robustos, tan semejantes á d'Eyssé... Y sin embargo, precisamente esta delicadeza era la que él tanto ponderaba en el semblante de la madre. Por qué habiéndole mentido durante siete años Alicia, descubría al fin la verdad, por qué había guardado, ahí, muy cerca de ella, las cartas de su amante! Preciso era creer que confiaba ciegamente en él y que lo amaba más ciegamente.

Al primer momento se dijo: «necesito matar á ese traidor»... y después nada hizo, por consideración á sus hijos. No había querido que estos dos juzgasen alguna vez á su madre, de la misma manera que él la estaba juzgando!... El había vivido. Se había contentado con cerrar su puerta y rehusar su mano al amigo felón, y abrazando á sus hijos se había dicho: «Yo les sacrifico todo, hasta mi venganza.»... Sí, había vivido atenaceado por la idea fija que esa niña, la hija del otro, le despertaba sin cesar. Cuántas veces se había repetido: «La pobre, es inocente,» y sin embargo se encontraba incapaz de perdonarle la traición de la madre, la traición que, en esa solitaria y lúgubre víspera de Navidad, hacía sollozar á ese hombre ultrajado—como si ayer apenas hubiese palpado la cruel é inolvidable realidad.

El reloj ha marcado las dos. El conde enjuga las lágrimas y su semblante tíñese de rojo. La palabra cobardía asoma á sus labios. Se levanta. Su frente está cruzada por más arrugas que las de ordinario. En sus pupilas hay chispazos de celos. Acaba de pasar la visión física del engaño, y por una involuntaria asociación de ideas piensa en Simona como siempre. Nó, él jamás lo perdonará.

Sobre su mesa ruedan juguetes diversos que se dispone llevar él mismo á la sala de estudios, para colocarlos al lado de los zapatos de los niños, pero le causa horror tocar siquiera los juguetes destinados á la pequeñuela, parécete que ésta niña excita sus más furiosos rencores. ¿Y por qué no? se dice ahogando los remordimientos que le persiguen. ¿Qué puede pedir de más su conciencia? Fatigado por estos pensamientos, asciende la escalera y penetra en el salón de estudios, llevando en una mano una bandera y en la otra pequeños paquetes. En una esquina de la chimenea divisa la mancha blanca que forma la cubierta de una carta. La toma pasa la vista por el sobre escrito, rompe la nema, y lee:

«Mi querida mamá:»

Te escribo para enseñarte mi letra bonita y para decirte que me he vuelto muy juiciosa desde que te

fuiste. Pero ya no entro á la sala. Papá dice que los niños deben quedarse con *Mademoiselle*. *Mademoiselle* es muy hermosa, pero Renée, la muñeca que me regalaste ya me aburre. Y todos los otros juguetes también. Nada me divierte desde que no estas aquí conmigo.

Los bucles de Armando están cortados y yo tengo un vestido negro y una peineta como no te los imaginas. Pedro tiene un pantalón muy largo y me pega cuando lloro. Pero Armando me defiende y dice que es su obligación. *Mademoiselle* me ha dicho que estás en el cielo y que eres feliz. ¿Por qué no me llevas contigo? te prometo ser muy juiciosa.

Puesto que estás en el cielo, pídele al niño Jesús que todo lo puede, que haga porque papá me quiera como cuando tú estabas aquí. Cuando lo abrazo me rechaza. Pedro y Armando están siempre con él, estudiando sus lecciones, y á mí me manda con *Mademoiselle* para que no haga ruido. No me atrevo á mirarle; sus ojos me dan miedo; con todo, te aseguro que nada malo le he hecho.

Todas las noches va á abrazar á mis hermanos. Yo oigo cerrar la puerta. Me finjo la dormida y espero, apretando muy fuertemente mis manos: pero él no viene y yo me pongo á llorar antes de dormirme.

Mamá, tú que me quieres todavía, dile al niño Jesús que papá ya no me quiere y que yo me quiero morir. Te abrazo con todo mi corazón que es muy grande.

Y la niña había firmado: «Tu pequeña Simona que tanto te quiere.»

El conde leyó y releyó estas líneas que ocupaban las cuatro páginas de la esquila. Qué ideas se agitaron entonces dentro de su cerebro? Fué algún sentimiento de justicia? Hay en todo dolor de niño algo muy triste. Pobres seres que no han solicitado venir al mundo! Fué enternecimiento de un viejo amor?... Porque el hijo de una mujer á quien hemos amado apasionadamente, substituye á esa misma mujer.

Una hora después de haber leído esa inocente carta donde la encantadora criatura había volcado todo su dolor, este hombre se hallaba en la alcoba de Simona mirándola dormir, y cuando la niña, á la siguiente mañana, despertó, no supo si había tenido un sueño ó si aquél á quien daba el dulce nombre de padre había venido realmente á abrazarla á su lecho, como antes, deshaciéndose en lágrimas, y—misterio sobre los demás misterios—no hay desde esa lejana víspera de Navidad, niño más mimado que la pequeña Simona por el conde. El no ha olvidado sin embargo nada; la prueba es que á consecuencia de una discusión en el Círculo, mató al marqués de Aydie, en un duelo á pistola. Los observadores del mundo que han adivinado el secreto del nacimiento de la niña, se preguntan por qué d'Eysseve difirió tanto tiempo su venganza. ¿Qué dirían si supiesen que al marido ultrajado lo decidió á provocar aquel encuentro el hecho de haber visto un día á d'Aydie abrasar á Simona en los Campos Eliseos?

PAUL BOURGET.



CYRANO DE BERGERAC

Hé aquí que Cyrano de Bergerac traspasa
De un salto el Pirineo. Cyrano está en su casa.
¿No es en España, acaso, la sangre vino y fuego?
Al gran gascón saluda y abraza el gran manchego.
¿No se hacen en España los más bellos castillos?
Roxanas encarnaron con rosas los Murillos,
Y la hoja toledana que aquí Quevedo empuña
Conócenla los bravos cadetes de Gascuña.
Cyrano hizo su viaje á la luna; más antes
Ya el divino lunático de Don Miguel Cervantes
Pasaba entre las dulces estrellas de su sueño
Ginete en el sublime pegaso Clavileño.
Y Cyrano ha leído la maravilla escrita
Y al pronunciar el nombre del Quijote, se quita
Bergerac el penacho; Cyrano Balazote
Siente que es lengua suya la lengua del Quijote.
Y la nariz heroica del gascón se diría
Que husmea los dorados vinos de Andalucía.
Y la espada francesa, por él desvainada
Brilla bien en la tierra de la capa y la espada.
¡Bienvenido Cyrano de Bergerac! Castilla
Te da su idioma, y tu alma como tu espada brilla
Al sol que allá en tus tiempos nose ocultó en España.
Tu nariz y penacho no están en tierra extraña,
Pues vienes á la tierra de la Caballería.
Eres el noble huésped de Calderón. María
Roxana te demuestra que lucha la fragancia
De las rosas de España con las rosas de Francia.
Y sus supremas gracias, y sus sonrisas únicas
Y sus miradas, astros que visten negras túnicas,
Y la lira que vibra en su lengua sonora
Te dan una Roxana de España encantadora.
¡Oh poeta! ¡Oh celeste poeta de la facha
Grotesca! Bravo y noble y sin miedo y sin tacha
Príncipe de locuras, de sueños y de rimas:
Tu penacho es hermano de las más altas cimas,
Del nido de tu pecho una alondra se lanza,



Una hada es tu madrina, y es la Desesperanza:
Y en medio de la selva del duelo y del olvido
Las nueve musas vendan tu corazón herido.
¿Allá en la luna hallaste algún mágico prado
Donde vaga el espíritu de Pierrot desolado?
¿Viste el palacio blanco de los locos del Arte?
¿Fue acaso la gran sombra de Píndaro á encontrarte?
¿Contemplaste la mancha roja que entre las rocas
Albas forma el castillo de las Virgenes locas?
¿Y en un jardín fantástico de misteriosas flores
No oíste al melodioso Rey de los ruiseñores?
No juzgues mi curiosa demanda inoportuna,
Pues todas esas cosas existen en la luna.
¡Bienvenido, Cyrano de Bergerac! Cyrano
De Bergerac, cadete y amante, y castellano,
Que trae los recuerdos que Durandal abona
Al país en que aún brillan las luces de Tizona.
El Arte es el glorioso vencedor. Es el Arte
El que vence el espacio y el tiempo; su estandarte,
Pueblos, es del espíritu el azul oriflama.
Qué elejido no corre si su trompeta llama?
Y á través de los siglos se contestan, oid:
La Canción de Rolando y la Gesta del Cid.
Cyrano va marchando, poeta y caballero,
Al redoblar sonoro del grave Romancero.
Su penacho soberbio tiene nuestra aureola:
Son sus espuelas finas de fábrica española.
Y cuando en su balada Rostand teje el envío
Creeríase á Quevedo rimando un desafío.
¡Bienvenido, Cyrano de Bergerac! No seca
El tiempo el lauro; el viejo Corral de la Pacheca
Recibe al generoso embajador del fuerte
Molière. En copa gala Tirso su vino vierte.
Nosotros exprimimos las uvas de Champaña
¡Para beber por Francia y en un cristal de España!

RUBEN DARIO.

FRAGMENTOS.

ESCENA DE LOS GASCONES

Son los cadetes de la Gascuña
que á Carbón tienen por capitán;
son quimeristas, son embusteros,
y á la vez nobles, firmes y enteros,
blasón viviente por do quier van;
son los cadetes de la Gascuña
que á Carbón tienen por capitán.

Ojos de buitre, piés de cigüeña,
dientes de lobo, fiero ademán;
cuando arremeten á la canalla
no cifien casco ni fina malla,
rotos chambergos luciendo van....
Ojos de buitre, piés de cigüeña,
dientes de lobo, fiero ademán.

Punza-barrigas y Rompe-hocicos
son dulces motes que ellos se dan.
Ebrios de gloria, sueñan conquistas,
corren garitos, dan entrevistas;
donde haya riñas allí estarán....
Punza-barrigas y Rempe-hocicos
son dulces motes que ellos se dan.

Son los cadetes de la Gascuña
que á Carbón tienen por capitán.
Tras las casadas corren ansiosos,
infunden celos á los esposos:
su gloria al viento los parches dan.
¡Son los cadetes de la Gascuña
que á Carbón tienen por capitán!

ACTO SEGUNDO

ESCENA DEL BALCON

ROXANA.

(Entreabriendo la ventana.)
¿Quién llama?

CRISTIAN.

Cristián.

ROXANA.

¿Vos? Podeis marcharos.

CRISTIAN.

Un instante, Roxana; quiero hablaros.

CYRANO.

(Debajo del balcón, á Cristián.)
¡Baja la voz!

ROXANA.

¡Hablais muy mal!

CRISTIAN.

piedad!

¡Señora,

ROXANA.

¡No me amais ya!

CRISTIAN.

(A quien Cyrano apunta sus palabras.)

¡Que no la amo me dice la traidora
cuando, ante su belleza seductora,
ni á hablar acierto ni á gozar atino!.....

¡Cielo divino!

ROXANA.

(Que iba á cerrar el balcón, deteniéndose)
¡Calle! ¡Esto va mejor!

CRISTIAN.

(El mismo juego).
El amor crece
dentro del alma que tomó por cuna,
donde, al par que es mecido, se engrandece
el pequeño tirano.

ROXANA.

¡Va mejor! Mas.... si tanto os importuna,
si tanto os tiraniza el inhumano,
¡ahogáraisle al nacer!

CRISTIAN.

(El mismo juego).

Lo he pretendido
mil veces, mas en vano,
porque es este cruel recién nacido
un Hércules, señora, y me ha vencido.

ROXANA.

¡Va bien!

CRISTIAN.

(El mismo juego).
Y estranguló con mano ruda
mostrándose á mi queja indiferente,
las dos sierpes del alma: Orgullo y Duda.

ROXANA.

¡Bien hablais! Mas.... por qué tan lentamente
á mi voz vuestra voz, Cristián, replica?
¿Vuestro numen, tal vez, se ha entumecido?

CYRANO.

(Tirando de Cristián y colocándole debajo del balcón)
¡Pst! ¡Ven acá! ¡El asunto se complica!

ROXANA.

Vacilar vuestras frases he advertido.
¿Por qué?

CYRANO.

(Hablando á media voz como Cristián),
Porque es de noche y van á tientas
en la sombra buscando vuestro oído.

ROXANA.

Pues, ¿cómo, responded, no hallan las mías
esa dificultad?

CYRANO.

¿No andan tardías
en llegar hasta mí? ¿Y eso no entiende
vuestra gran discreción? ¿No lo concibe?
¡Porque es mi corazón quien las recibe!—
Grande es mi corazón, dulce señora,
pequeña vuestra oreja seductora;
y además, vuestras frases van aprisa
porque descienden; mas las mías suben
y alguna dilación se hace precisa.

ROXANA.

Noto que suben ya con más premura.

CYRANO.

¡Hábito de subir han adquirido!

ROXANA.

¡Cierto es que os hablo desde buena altura!

CYRANO.

¡Y el corazón dejáraisme partido
si sobre él, al descuido,
se os escapase una palabra dura!

ROXANA.

(Haciendo un movimiento para retirarse del balcón).

¡Bajaré!

CYRANO.

(Vivamente). ¡No!

ROXANA.

¡En el banco, pues, subíos!

CYRANO.

(Retrocediendo con espanto). ¡No!

ROXANA.

¿Cómo no?... decid....

ACTO TERCERO

que encierra en sí la patria poesía
y que escrita en gascón se juzgaría!....

(El viejo se sienta y prepara su pífano)

Oid: mientras sus notas desentraña,
el pífano suspira;
suspira recordando tiernamente
que, si de ébano es hoy, fué ayer de caña!.....
¡Dijérais que se admira
de sus propias canciones!....; Es que siente
vibrar en cada nota el alma entera
de una niñez remota y placentera!

(El viejo empieza á tocar, ejecutando viejas canciones del Languedoc).

Gascones, escuchad..... Bajo sus dedos
no es la trompa guerrera:
no es en sus labios el marcial sonido
que al combate nos llama: es el silbido
que oíamos antaño,
en la flauta grosera
del pastor que apacienta su rebaño.....
Escuchad, escuchad..... Es la espesura
es el monte, el arroyo, la llanura,
el rabadán inculto y atezado,
el pastor avezado
al rigor de las frías estaciones
que calza abarcas y cayado empuña;
es el campo, es la paz.... Oid, gascones:
¡es toda la Gascuña!

VERSION ESPAÑOLA
DE LOS SEÑORES VIA, MARTI Y TINTORER.

ESCENA DE LOS MUSICOS

CADETES.

¡Tengo hambre!

CYRANO.

Claro está. Cosa prevista,
que penseis sólo en rellenar el buche....
Acércate, Beltrán, viejo flautista;
desata de tus flautas el estuche,
toma uno de los pifanos que encierra
y, ante ese vil atajo de glotones,
modula viejos aires de la tierra;
una de esas canciones
en las que cada nota es una hermana;
en que vibrar parece, adormecida,
la armonía lejana,
el eco suave de una voz querida;
y cuya vaga placidez remeda
la dulce lentitud de la humareda
que el natal pueblecillo
por sus techos exhala;
música tal que á vuestro idioma iguala,



CYRANO.

(Con emoción creciente). Aprovechemos
la ocasión que se ofrece
de hablar sin ver....

ROXANA.

¿Sin vernos?

CYRANO.

¿No os parece
la ocasión deliciosa? No nos vemos:
sólo, en la obscuridad, adivinamos
que sois vos, que soy yo, que nos amamos.....
Vos, si algo veis, es sólo la negrura
de mi capa, yo veo la blancura
de vuestra leve túnica de estío.....
Dulce enigma, que alhaga, al par que asombra!
Somos, dulce bien mío,
vos una claridad y yo una sombra!

ROXANA.

Pues bien; ya que ha llegado este momento,
¿qué cosas me direis?

CYRANO.

Todas aquellas
que ocurrírseme puedan, las más bellas,
henchido de contento
os voy á echar en apretado ramo.
Yo os quiero, yo me ahogo, yo sediento
estoy de tu hermosura.....; Yo te amo!
¡No puedo más! Deliro, desfallezco,
que entero me robaste el albedrío.
Tu nombre está en mi corazón, bien mío,
como en un cascabel!....; ¡Todo lo llena!
Y como de continuo me estremezco,
constantemente el cascabel se agita,
constantemente el dulce nombre suena!
Todo lo que fué tuyo de algún modo,
lo recuerdo, mi bien, pues lo amé todo.
Acuérdome de un día del pasado
año.... el doce de Mayo.... Tú, Roxana,
para dar un paseo de mañana
cambiaste de tocado.
Divina claridad resplandeciente
se me antojó tu rubia cabellera:
cuando al sol se ha mirado fijamente
si no ciegan los ojos, ven doquiera,
en cada objeto, cercos encarnados:
así cuando mis ojos deslumbrados
dejan de contemplar la dulce hoguera
con que á la paz me ciegas y me hechizas,
en todas partes ven manchas rojizas.



BERENICE.

¿Qué sugestión extraña te poseyó un momento,
¡oh Berenice!.... Hablabas y el quejumbroso viento
arrebato tus últimas palabras.... Sumergía
en las lejanas cumbres su magestad el día,
y sus postreros rayos iluminando el monte
forjaban un incendio violeta.... El horizonte
era un hirviente abismo; un gran estanque de oro,
sembrado de islas áureas; un mágico tesoro.

Vagabas, melancólica, por la ribera obscura
del lago azul y pérfido.... Tu pálida blancura
pasaba ante mis ojos en espiral ligera,
como un gran lirio enfermo flotando en la ribera.
¿Quién te condujo, entonces, hasta mi lado?.... El cielo
brillaba con luz lívida, como á través de un velo,
con un fulgor opaco de luna agonizante,

un raro fulgor tímido, fantástico y distante.
Altos cipreses rígidos bordaban el camino,
altos cipreses rígidos y lúgubres... Sin tino,
marchabas persiguiendo tu sombra pasajera,
como un gran lirio enfermo flotando en la ribera.

Ginebra, 1898.

LEOPOLDO DIAZ.



TODA UNA JUVENTUD.

Por FRANCISCO COPEE

Ilustraciones grabadas en nuestros talleres, especialmente para esta edición.

Número 10.

Mauricio se consideraba ya allí, trabajando mucho y obteniendo un éxito en la exposición con la correspondiente medalla, y escogía de antemano hasta la tapicería de su dormitorio. Además, ¡qué cómodo sería para la nodriza y el niño tener el jardín tan cerca durante el buen tiempo!

Pero de pronto, en medio de su charlatanería, notó el doloroso aspecto de Amadeo, silencioso y arrinconado en el fondo del coche.

—Perdona, mi querido amigo,—dijo tomándole afectuosamente la mano,—Me olvidada de lo que acabas de decirme. . . . ¡Qué absurda es la suerte! cuando pienso que mi dicha te hace daño! . . .

El poeta miró á su amigo tristemente.

—Sé feliz con María y hazla dichosa; he aquí todo lo que para vosotros dos pide mi amistad.

Habían llegado á la falda de Montmartre y el carruaje subía lentamente por las montuosas calles.

—Amigo mío,—dijo Amadeo, pronto llegaremos. Tú te presentarás sólo en casa de esas señoras, ¿no es así? ¡Oh! Pierde cuidado. Conozco á Luisa y á su madre, no te dirigirán ni una palabra de queja, y tu honrada acción será apreciada por ellas en todo su valor. . . . Pero permíteme que no te acompañe. . . Me será muy doloroso.

—Sí, comprendo, mi pobre Amadeo. Como quieras. . . Pero. . . ¡Vamos! Todo se cura, todo se calma,—contestó Mauricio, que suponía en los demás su ligereza de carácter.—¡Ea! ¡Valor! Siempre me acordaré del servicio que acabas de prestarme. Porque ahora me avergüenzo de pensar. . . Sí, iba á cometer una villanía. . . ¡Vamos! Amadeo, un abrazo.

Diéronse mutuamente, y el cochero se detuvo. Ya en la acera, Amadeo notó el gesto que hizo su amigo al ver la casa de las señoras Gerard, triste edificio destinado á hospedar á gente pobre y cuya fachada de yeso cuarteado se asemejaba á las arrugas de un menesteroso. A uno y otro lado del portal había dos tiendas, una salchichería y una frutería, que exhalaban fétidos olores. Amadeo trató de desvanecer esta postrera repugnancia del delicado Mauricio.

—¿Ves ese jardincito del fondo?—le dijo.—Allí es. . . Hasta la vista.

Después de un último apretón de manos, se separaron. El poeta vió á Mauricio trasponer el

sombrío pasillo, atravesar el patio, abrir la verjecita del jardín y desaparecer detrás de un macizo marchito. Cuántas veces había pasado por allí Amadeo dulcemente emocionado con la idea de que iba á ver á María! Y era para arrebatársela para lo que Mauricio franqueaba aquel sitio por vez primera. ¡Y él lo había querido; él, Amadeo, había dado á otro la que tanto amaba! ¡Había suplicado á su rival, forzándolo, por decirlo así, á que le robase su esperanza más querida! ¡Que amargura!

Amadeo dió las señas de su casa al cochero y subió al coche alzando los cristales, porque empezó á caer una fría lluvia de Otoño. Violentamente traqueteado en el infecto carruaje, que bajaba al trote por las calles de París, el joven poeta, estremeciéndose, veía pasar los relucientes coches y á los transeúntes cobijados bajo sus paraguas. Parecía que del plomizo cielo caía una tristeza pesada, y Amadeo, alelado por el disgusto que sentía, experimentaba la sensación del vacío como si le hubieran robado el corazón.

Vuelto á su casa, en la isla de San Luis, sintió repugnancia hacia sus muebles, sus grabados, sus libros en desorden y su mesa atestada de papeles. Las vigiliadas consagradas al estudio á la luz de la lámpara, las largas horas de meditación de la obra difícil, los años de juventud austera, sin placeres, que había vivido allí: todo había sido dedicado á María. Por ella, para conseguirla en su día, habíase entregado á aquel trabajo asiduo, á aquel obstinado esfuerzo. ¡Y en aquel mismo momento, la frívola y culpable riña estaría llorando de alegría en brazos de Mauricio, de su futuro esposo!

Sentado delante de la mesa, con la cabeza entre las manos, Amadeo se abismó profundamente en su melancolía. Entonces parecióle su vida tan quebrantada, su destino tan funesto, su porvenir tan sombrío; se sintió tan desanimado, tan solitario, que durante un momento le abandonó el valor de vivir. Parecía que una mano invisible le tocaba compasivamente en el hombro y experimentaba á un mismo tiempo miedo y deseo de volver la cabeza, pues harto sabía que aquella mano era la de la muerte. No se la imaginaba con el aspecto de escandaloso aspecto que reviste en las danzas macabras, sino como una figura tranquila, envuelta en negros crespones, solemne y sin

embargo muy suave, que le estrechaba sin sacudidas contra su seno con ternura maternal, y que le adormecía sepultando su dolor en un reposo profundo, eterno y sin ensueños. Volvióse lanzando un grito desgarrador, pues durante un momento creyó ver tendida á sus piés, apretando en su convulsa mano una navaja de afeitar. el cadáver de su desventurado padre, del suicida, del desesperado de amor, con el cuello desgarrado por una roja y horrible herida y con los grises cabellos esparcidos entre un mar de sangre.

Todavía tembloroso por aquella siniestra alucinación, oyó llamar á la puerta. Era el portero que le traía dos cartas.

La primera tenía el célebre selo de «Comedia Francesa, 1680.» El administrador general, en términos muy amables, decía á Amadeo que había leído con el mayor gusto su drama en verso, titulado *El obrador*, y que esperaba que el comité de lectura aprobaría la obra.

—Demasiado tarde!—pensó el joven poeta, abriendo el otro sobre.

Esta segunda carta traía las señas de un notario de París, y participaba á M. Amadeo Violette que M. Isidoro Gaudre, director del *Crédito de las parroquias*, había muerto sin testar; y que por consecuencia, en calidad de sobrino del difunto, tenía derecho á una parte de herencia no avalorada todavía, pero que podía calcularse en doscientos cincuenta ó trescientos mil francos.

¡Éxito y fortuna! ¡Todo á la vez le caía del cielo! Al pronto, Amadeo tuvo un vértigo, un deslumbramiento de sorpresa; empero estos inesperados favores de la fortuna, que no tenían el poder de reparar su infortunio, hicieron comprender al noble poeta que la riqueza, la misma gloria, no valen lo que un sentimiento grande ó un hermoso ensueño; y enervado por la ironía de su destino, prorrumpió en una estridente carcajada.

XV

M. Violette padre no se equivocaba al suponer á M. Gaudre capaz de desheredar á su familia en provecho de su criada y amante; pero á Berenice habíale faltado paciencia. El turbante y la barba corrida de un irresistible sargento mayor de zuavos dela guardia fueron causa de la pérdida de la hermosa muchacha.

Un domingo en que M. Gaufre, según inmutable costumbre, cantaba las vísperas en San Sulpicio, echó de ver que por primera vez en su vida se le había olvidado su caja de tabaco, y como para este hipócrita personaje los santos oficios sólo eran soportables tomando frecuentes polvos, en vez de esperar á la bendición final y de dar en seguida su habitual paseo por los muelles, se quitó su ropón de cofrade, volvió inopinadamente á la calle Servandoni y sorprendió á Berenice en tierno coloquio con el militar. La cólera del explotador de imágenes fué implacable. Despidió á la normanda ignominiosamente, rompió el testamento que había hecho en su favor, y algunas semanas después, ahogado por una indigestión de trufas á la marinera, dejó, á pesar suyo, todos sus bienes á sus herederos naturales.

Amadeo, cuyo drama, admitido en la Comedia Francesa, no debía representarse hasta la primavera, y á quien el notario encargado de liquidar la herencia de M. Gaufre adelantó algunos miles de francos, Amadeo, siempre triste y no sintiéndose con valor para asistir á la boda de Mauricio y de María, quiso, por lo menos, gozar un poco de su nueva fortuna y de la independencia que ésta le proporcionaba. Hizo dimisión de su plaza en el ministerio, y partió para Italia, esperando olvidar sus pesares.

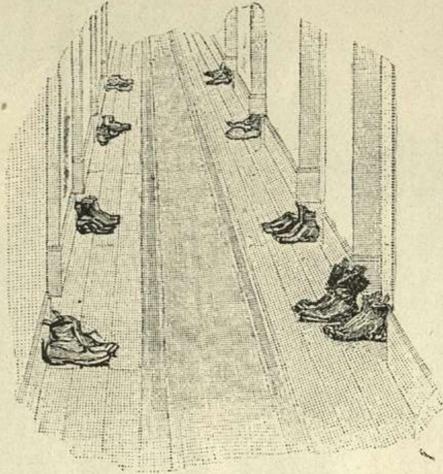
¡Ah! ¡No viajeis, teniendo una pena en el corazón! No os adormezcais durante la noche en el vagón oyendo en el pensamiento el eco de un nombre demasiado querido. Amadeo sufrió este suplicio, en medio del ruido continuo de los rieles, creía oír voces lamentables, desesperadas, que pronunciaban repetidas veces el nombre de la mujer amada y perdida. A veces el tumulto se apaciguaba algo, los frenos, los resortes, las ruedas, toda la furiosa máquina de acero parecía como que se cansaba de aullar, atenuando su rítmico galope, y el viajero, rudamente mecido, percibía entonces en el ruido apaciguado una frase musical, al principio confusa, semejante á un lejano gemido, y luego más clara, pero siempre igual, cruelmente monótona, que era el fragmento de una canción que María cantaba en otro tiempo, cuando ambos eran niños. De repente resonaba un silbido lúgubre, que se prolongaba al través de la noche; el expreso se engolfaba rabioso en un túnel, bajo la bóveda sonora se redoblaba y exasperaba el espantoso concierto, y entre todos aquellos clamores metálicos, Amadeo aún percibía un ruido distinto, regular, semejante al de los martillos de una fragua de cíclopes, y cada uno de aquellos golpes enormes repercutía dolorosamente en su corazón.

¡Oh! Si teneis algún pesar no viajeis, y sobre todo no viajeis solos. ¡Cuán hostil é inhospitalaria es entonces la primera sensación que se experimenta al llegar á una población desconocida!

Amadeo tuvo que sufrir la fastidiosa espera de los equipajes en la estación, las incomodidades del registro, la instalación difícil en el ómnibus entre viajeros prensados que se echaban miradas de sospecha y de mal humor; el recibimiento en el portal del hotel por el inevitable portero suizo de gorra galoneada, escuchando todas las jergas de Europa, asaltado por los que llegaban y embrollado por los «yes, sir,» los «ja, wohl» y los «si, signor.» Turista sin experiencia, Amadeo, que no llevaba una docena de maletas y que no tenía el aire insolente de rico, fué por instinto del suizo políglota relegado á un cuarto del piso ídem, con vistas al patio interior, tan lúgubre, que al lavarse las manos tuvo miedo de caer enfermo en semejante agujero y morir sin socorro. Para tranquilizarle, un aviso escrito en cuatro lenguas, colgado en la pared, le conminó á depositar en la oficina del hotel todo cuanto tuviera que fuese de valor ó importancia, como si hubiese penetrado en una selva infestada de bandidos, y además el severo escrito le advertía que se le consideraba como un tramposo probable y que se le pasaría la cuenta cada cinco días.

Comenzó para él la abrumadora existencia de camino de hierro y mesa redonda. Iba á ser consignado de ciudad en ciudad como un saco de trigo ó un tonel de vino. Iba á hospedarse en las fondas presuntuosas y monumentales, en donde sería numerado como un presidiario y en donde encontraría en todos los comedores la misma familia de ingleses carnívoros, con la cual podría dar la vuelta al mundo sin cambiar ni un saludo. Iba á comer todos los días la sopa sosa, el pescado pasado, la carne correosa y el Burdeos insípido, que tienen por decirlo así, un carácter

internacional y sobre todo iba á experimentar todas las noches al volver á acostarse, el horror de recorrer los monótonos y desolados corredores alumbrados por gas, en los que se deja sentir sobre uno el peso de la tristeza de los falansterios, viendo delante de las puertas cerradas pares de



calzado cosmopolita, gruesos zapatos con clavos de los alpinistas, innobles botas de alemanes, botinas conyugales de milord y de milady, que por su dimensión hacen pensar en las épocas de los gigantes tregloditas y que esperan con aspecto de cansancio al limpiabotas matinal.

En Italia, el imprudente Amadeo estaba destinado á todas las desilusiones y desencantos, á todas las nostalgias del turista solitario. Ante los famosos monumentos y los sitios célebres que desde hace siglos reproducen los pintores y mencionan los narradores de impresiones de viaje y que han pasado, hasta cierto punto, al estado de antiguos modelos y de materia á propósito para el desenvolvimiento literario, Amadeo experimentó esa sensación de «ya visto,» esa falta de sorpresa que paraliza la facultad de admirar. ¿Me atreveré á decirlo? La Catedral de Milán, ese enorme carcaj de flechas de mármol blanco, no lo emocionó. Permaneció frío ante el sublime follaje de bronce del Bautisterio de Florencia, y en Pisa, la Torre inclinada le produjo el efecto de una sencilla mistificación. En las silenciosas galerías de los museos, anduvo kilómetros, saturado de arte, empachado de obras maestras y notó con disgusto que no podía soportar doce Adoraciones de Pastores y catorce descendimientos de la Cruz consecutivos, aunque estuvieran firmados por los más gloriosos nombres. Las escenas de martirio y de suplicio tantas veces repetidas le fueron particularmente antipáticas y sobre todo tomóle cierta tirria más aún que al sempiterno San Sebastián atravesado de saetas, á cierto monje representado siempre de rodillas, orando, con un hacha colocada sobre la tonsura. Su atención enervada y depravada no discernía en una obra de arte más que el aspecto desagradable, el lado fastidioso. En los primitivos, adorablemente cándidos, sólo distinguía el diseño infantil y bárbaro, y en los coloristas renombrados sólo encontraba un tono monótono de amarillo de yema de huevo.

Quiso á pesar de todo, estimular sus sensaciones, ver cosas extraordinarias y corrió á Venecia, á la ciudad sin ruido, sin pájaros, sin verdor, al silencioso paisaje de cielo, mármol y agua; pero una vez allí la realidad parecióle inferior á sus ensueños. Delante de San Marcos y de las *procuraties* no experimentó la sorpresa, la sacudida de entusiasmo que deseaba. Desgraciadamente había leído demasiadas descripciones de estas maravillas y visto de ellas reproducciones más ó menos fidedignas. En su desencanto recordó una pantalla de casa de sus padres, que había excitado su imaginación de niño; una mala pantalla de cartón azul, en la que estaba representada una fiesta nocturna de Venecia con una serie de picaduras de alfiler, figurando las iluminaciones del palacio ducal.

Digámoslo una vez más: no viajeis, y sobre todo no vayais á Venecia solos y sin amor. Para los jóvenes esposos en plena luna de miel, para una pareja de amantes de tapadillo, la góndola es un *boudoir* flotante, un nido en las aguas, como el de los alciones; mas para el melancólico

que se recuesta en los almohadones negros de la sombría barca, la góndola es un ataúd.

En los últimos días de Enero Amadeo volvió súbitamente á París, seguro de que no vería allí á Mauricio ni á su joven esposa, que, casados el mes anterior, debían permanecer en el Mediodía hasta fin de invierno. Además le llamaban en el teatro para que asistiera á los ensayos de su drama. El notario, encargado de sus intereses, le entregó los títulos de doce mil francos de renta; esto es, el bienestar, el trabajo sin apresuramiento ni concesiones vulgares, la libertad de cultivar el arte puro y desinteresado. El joven poeta, que se proporcionó un elegante alojamiento de soltero en una antigua y hermosa casa del muelle de Orsay, buscó á algunos compañeros de otro tiempo, entre ellos á Pablo Sillery, que había conquistado un puesto distinguido en el periodismo. Volvió á presentarse algo en sociedad y se reconcilió poco á poco con la vida.

Visitó en primer lugar á la madre de Mauricio, y tuvo la satisfacción de encontrarla entristecida indudablemente, pero indulgente con María, resignada al matrimonio de su hijo y satisfecha de que éste se hubiera portado como hombre de honor. En seguida trasladóse á Montmartre para abrazar á Luisa y á la mamá Gerard, que le recibieron con efusión. Ya no estaban tan apuradas, porque Mauricio, muy generoso en cuestiones de dinero, ayudaba á la familia de su mujer. Luisa daba lecciones convenientemente retribuidas, y la señora Gerard pudo rehusar, vertiendo lágrimas de gratitud, la oferta del poeta, que le abría filialmente su bolsillo. Amadeo comió, como otras veces, con sus antiguas amigas que tuvieron el tacto de no hablarle demasiado de los jóvenes esposos. Pero en la mesa había un sitio vacío, y asaltado por el recuerdo de la ausente, el poeta volvió aquella noche á su casa con el cerebro lleno de negros pensamientos.

Los ensayos de su obra que habían empezado ya en la Comedia Francesa, las largas sesiones en el teatro y los cambios y correcciones indispensables proporcionaronle útil distracción y poderoso preservativo contra sus pesares. Pero *El obrador*, representado en la primera semana de Abril, sólo obtuvo del público una atención respetuosa, un éxito de estima.

Aquel medio popular, aquellos sentimientos sencillos y rudos, la dama con vestido de india, el padre honrado, con blusa y medias azules, aquellos ásperos versos salpicados de ardientes términos de la jerga de los arrabales, sobre todo una decoración que representaba una fábrica en plena actividad, con el zumbido de las máquinas y de los trabajadores y las continuas bocanadas de humo, no fueron del agrado de las gentes de la alta sociedad, á las que sorprendió todo esto, porque estaban acostumbradas á lujosos salones de tres puertas, á personajes con título, á aduleterios aristocráticos, á declaraciones de amor que á los oídos de la gran coqueta ricamente prendida murmura el galán joven, apoyada en el piano. Además, Jocquelet en su papel de viejo artesano estuvo enfático y exagerado, y le ayudó piadosamente una debutante fea y mediana. La crítica, rutinaria generalmente, estuvo poco benévola, y los menos agresivos rechazaron la tentativa de Amadeo, calificándola de *honroso esfuerzo*. Hubo



alguno que se ensañó, y un antiguo melencólico del café de Sevilla, relegado al folletín (precisamente el novelista macabro de sepulturas profanadas) abrumó al autor de *El obrador* con un artículo ultra-clásico, en el que execraba el realismo, tomando por testigos de su indignación á to-

dos los bustos y pelucones de mármol del salón del Teatro Francés.

¡Cosa singular! Amadeo se consoló fácilmente de su fracaso. ¿No tenía las cualidades necesarias para el teatro? Pues renunciaría á él. En suma, no era una gran desgracia abandonar un género artístico que es el más difícil de todos, pero no el primero, y que no permite al poeta desplegar su libre fantasía. Amadeo volvió á hacer versos para él solo, para su propia satisfacción; á embriagarse de rimas y de imágenes, á recoger con dolorosa voluptuosidad las flores de melancolía que la pena amorosa había hecho brotar en su alma.

Llegó el verano y Mauricio regresó á París con su mujer, que en Niza había dado á luz un niño con toda felicidad. Amadeo tuvo que ir á verles, aunque sabía de antemano que esta visita le haría daño.

El pintor aficionado, más guapo que nunca y vestido con su acostumbrada chaqueta encarnada, estaba solo en su nuevo estudio, que había adornado y hasta obstruido con lujosas y agradables chucherías. El insubstancial joven recibió á su amigo como si nada hubiera pasado entre ellos; y después de los abrazos y preguntas respecto á los amigos dispersos y á los sucesos acaecidos desde su separación, encendieron sus cigarrillos.

—Y bien, ¿qué haces?—preguntó el poeta.—Tenías grandes proyectos de trabajo. ¿Te has puesto á la tarea? ¿Tienes muchos bocetos que enseñarme.

—No, á fe mía. Casi nada. Como comprenderás, allá abajo he dejado que mi vida se deslizara agradablemente; he hecho lo que el lagarto tendido al sol... La dicha ocupa mucho, y he sido bestialmente dichoso.

Y colocando su mano en la de su amigo, sentado junto á él, prosiguió distraidamente:

—Una dicha que te debo, mi buen Amadeo.

Pero Mauricio decía esto en tono ligero. ¿Se acordaba acaso, habiase fijado alguna vez en que el poeta había sido y quizás era desgraciado por causa suya?

Sonó un campanillazo.

—¡Ah!—exclamó alegremente el dueño de la casa.—Es María que vuelve de pasear á su bebé por el Luxemburgo. Este ciudadano cumplirá seis semanas el lunes próximo, y ya verás qué hermoso es mi hombrecito.

Amadeo sintió que la emoción le ahogaba: iba á volver á verla esposa y madre: seguramente distinta.

María se presentó alzando una cortina. Detrás de ella se veían la gorra y el rústico semblante de una nodriza. No había cambiado en nada; no, en nada; pero el amor feliz, la primera maternidad y aquella existencia rica y fácil habían aumentado su belleza, realizada además por un elegante y encantador atavío. Al ver á Amadeo se puso colorada, y él pensó con tristeza que su presencia debía suscitar en la joven penosos recuerdos.

—¡Abrazaos, antiguos amigos!—dijo riendo el pintor, con aire de hombre amado y seguro de sí mismo, y con ese tono, peculiar á los maridos, de dueño que permite tirar á un conejo en su vestido.

Pero Amadeo se contentó con besar la enguantada mano de María, y la mirada con que ésta le dió gracias por su discreción fué un nuevo sufrimiento para él. Y sin embargo, ella se mostraba agradecida y le sonreía bondadosamente:

—Mi madre y mi hermana,—le dijo graciosamente,—tienen con frecuencia el placer de ver á usted, como en otro tiempo. ¿Se acuerda usted? Espero, pues, que no se venda caro con Mauricio y conmigo.

«¡Con Mauricio y conmigo!» Su voz era muy dulce, sus ojos se volvían tiernamente hacia su marido al pronunciar estas sencillas palabras.

«¡Con Mauricio y conmigo!...» ¡Ah! ¡Ambos no formaban más que uno! ¡Cuánto, cuánto le amaba!

Entonces fué preciso que Amadeo admirara al recién nacido, que en brazos de la nodriza se había despertado con la estrepitosa alegría de su padre. Desde el fondo de su gorrita de encajes, el niño abrió sus ojos azules, sus ojos serios como los de un viejo, y apretó suavemente entre su manita, fina como piel de pollo, el dedo que le alargaba el poeta.



—¿Cómo se llama?—preguntó éste obligado á decir algo.

—Mauricio, como su padre,—respondió con viveza María, que puso en estas palabras toda una explosión de amor.

Amadeo no podía más. Buscó un pretexto cualquiera para retirarse, prometiendo que volverían á verle pronto, y huyó por decirlo así.

—No vendré muchas veces,—se dijo al bajar la escalera, furioso contra sí mismo por tener que sofocar un sollozo.

Sin embargo, volvió, y siempre para sufrir.

Era él quien había hecho aquel matrimonio: debía estar satisfecho de que Mauricio, contenido y hasta un poco aletargado por el bienestar conyugal y por la paternidad, no tenía trazas de volver á sus antiguas calaveradas. Mas, por el contrario, el espectáculo de aquella familia, el aspecto dichoso de María, las alusiones que hacía ésta alguna vez á la gratitud que debía á Amadeo, sobre todo los modales de baja de Mauricio y el modo de hablar á su mujer como amo indulgente á la esclava gozosa de obedecer, disgustaban y ponían nervioso al poeta, que salía siempre de aquella casa descontento de sí mismo irritado contra los malos sentimientos que se agitaban en su corazón, avergonzado de amar á la mujer de otro, á la mujer de su antiguo compañero, y aunque sintiendo siempre necesidad de la amistad de Mauricio, no pudiendo verle sin experimentar un movimiento de secreto de rencor y de sorda envidia.

Sin embargo, logró visitar lo menos posible al joven matrimonio y hacer intervenir en su existencia otro interés de corazón. Hombre desocupado puesto que su pequeña fortuna le permitía trabajar sólo cuando recibía los favores de la inspiración, volvió á presentarse en sociedad frecuentando los salones, los escenarios y los lugares en que se consumía la bohemia. Hizo el vago y perdió el tiempo, interesándose por todas las mujeres, engañado por su tierna imaginación y derrochando en sus caprichos demasiada sensibilidad, y tomando sus deseos por amor, tuvo varios amantes.

Fué la primera una bella señora, algo pedante, á quien encontró en el salón de la condesa Fontaine. Hallábase aquella casada con un hombre machucho perteneciente al mundo político y financiero y servidor sucesivamente de varias situaciones, el cual señor que no había cambiado de bandera ni mudado de casaca más que dos ó tres veces, no permitía que se pronunciara su nombre en las asambleas públicas sin estar precedido del epíteto de honorable. Semejante hombre tan formalmente ocupado en salvar el Capitolio, es decir, en sostener denodadamente al más

fuerte, en aprobar todas las bajezas de las mayorías, y en aumentar sus empleos, sinecuras, gratificaciones, acciones y gajes de todas clases, tenía forzosamente que descuidar á su mujer inquietándose poco del ridículo de Sganarelle que ésta le infería las más veces posibles y al que parecía predestinado.

La señora cuya belleza era la de una muñeca, que además no era joven y que en literatura no había pasado de Jorge Sand, pero que en cambio se mudaba de traje tres veces al día y pagaba centenas menores al dentista; la señora, decimos, distinguió al joven poeta de cabeza romántica y recorrió rápidamente en su compañía todo el itinerario del país de lo «Tierno.» Empero, gracias al progreso moderno, se efectuó el viaje en tren directo. Después de haber traspuesto las estaciones securdarias de «Rubor detrás del abanico,» «Presión de mano significativa,» «Cita en un Museo,» etc., etc., el tren se detuvo en la estación más importante, los «Escrúpulos,» (diez minutos de parada), y Amadeo llegó al punto *terminus* de la línea, siendo el más envidiable de los mortales.

¡Horas deliciosas de una íntima y distinguida unión.

El poeta se transformó en perro faldero de la señora y en mueble esencial del salón de ésta. Figuró en todas las comidas, bailes y reuniones donde ella se presentaba, se ahogó en el fondo de un palco de la ópera, y recibió la misión de confianza de ir al salón de descanso á buscar bombones y caramelos. Su recompensa consistía en conversaciones metafísicas, en las que la señora y él se entretenían en partir en el aire algún cabello sentimental y en algunas raras sesiones de placer más substancial, en las que el poeta no tardó en comprender la pesada calma de su corazón y la decepción de sus sentidos. Al cabo de unos meses de esta mediana felicidad verificóse sin dolor la ruptura y Amadeo no experimentó el más mínimo pesar al restituir las prendas amorosas que había recibido, á saber: un retrato fotográfico en un marco de Leuchars, un paquete de cartas copiadas de novelas en moda y escritas con letra inglesa en un papel satinado, sin olvidar un guante blanco que en el cofre de los recuerdos habiase ajado un poco, como su hermosa dueña.

Una joven alta, sonrosada, con cuerpo de diosa, que cobraba trescientos francos mensuales por exhibir sus trajes en el teatro de Vaudeville y que daba cuatro diarios á su peluquero, permitió á Amadeo hacer una nueva experiencia amorosa, más costosa, pero más divertida que la primera. Nada de vaguedades del alma al lado de esta linda persona, nada de sutilezas psicológicas; la muchacha tenía piernas admirables,



fuertes y finas á la par, como las diosas de Primaticcio; el porte magestuoso de aristocrática dama y su voluptuosa sonrisa descubría una dentadura hecha para devorar patrimonios. Cerca de ella el poeta conoció placeres confortables de los sentidos que no dejan ni tristeza ni disgusto; pero desgraciadamente, la señorita Rosa de Junio (este era su nombre de teatro) sólo tenía en su encantadora cabeza el cerebro lleno de estupidez y vanidad. Sus accesos de cólera atroz, producidos por un artículo de periódico que se permitía una pequeña censura; sus ataques de nervios y sus torrentes de lágrimas cuando le repartían un papel corto, *un embutido* en una pieza nueva, empezaban á impacientar á Amadeo; además, una casualidad le convenció de que tenía un rival preferido en Grandoux, el actor de Variedades, cuya coriza crónica y su feldad de gorila han parecido deliciosas durante veinte años al público más refinado del mundo. Violette se retiró con algunos billetes de banco menos en el bolsillo.

En seguida comenzó una aventura sencilla pero bastante agradable con una linda muchachita, con la que hizo conocimiento en el corro de gente que miraba dar vueltas á los caballitos de madera una noche de fiesta pública. Luisa tenía veinte años, se ganaba la vida en casa de una florista famosa y era sonrosada y fresca como un almendro de Abril. Sólo había tenido dos amantes: primero, el mozo del obrador (elegantes vividores, nunca tendréis más que las sobras de esas gentes) y después de un dependiente de una tienda de novedades, que le había transmitido el poco aristocrático gusto de bogar en el río. Allí fué donde Amadeo, surcando el Marne, sentado al lado de Luisa en una barca, amarrada luego á los sauces de las islas del Amor, obtuvo el primer beso de la griseta entre dos coplas de una canción de remeros, y la gentil criatura, alegre como la alondra, que siempre que venía á verle le traía un ramillete, encantó al poeta hijo de París que recordó inmediatamente los versos de Béranger: «Soy del pueblo lo mismo que mis amores.» Sintióse amado y se eterneció. En efecto, á él se debía el cambio operado en el modo de ser de la inocente joven: Luisita se tornó pensativa, le pidió un mechón de pelo, que llevaba siempre consigo en el portamonedas, y fué á casa de una echadora de cartas para que le hiciera el gran juego, el juego que costaba cinco francos, para saber si el joven moreno, el caballo de bastos, le sería fiel durante mucho tiempo. Amadeo descansó sobre aquel sencillo corazón; pero á la larga (¡infelices espíritus delicados!) notó y se disgustó de las vulgaridades de su amante, que verdaderamente era demasiado habladora, se expresaba en el tonillo pesado de los arrabales, amenizaba sus discurso con muletillas de «patatín patatán» ó llamaba á Amadeo «mi niño,» y se recreaba con los manjares más ordinarios. ¿Te enteras? Un día al besar á su amante, su aliento

apestaba á ajo; sin embargo, el poeta no la abandonó en una larga temporada, eternecido por el sentimiento sincero y desinteresado de la pobre muchacha, contento de dar á quien ni esperaba ni pedía nada. Ella fué, al fin y al cabo, la que le dejó por orgullo femenino, comprendiendo que no era amada. Amadeo casi la echó de menos.

El trato que había tenido el poeta con los barbudos revolucionarios del café de Sevilla y con las corbatas parlamentarias del salón de la Condesa Fontaine, había disgustado para siempre de la política. Por tanto, se preocupó muy poco de los ministerios liberales, del plebiscito y de las diferentes fases de la enfermedad de que moría el segundo imperio. Pero Amadeo era un buen francés. La violación de la frontera, las primeras batallas perdidas, hicieron asomar á su rostro el rubor encendido del ultraje. Cuando París fué amenazado pidió un arma como los demás, y aunque no tenía espíritu militar, se juró cumplir con su deber, con todo su deber. El día en que vió pasar, bajo el hermoso sol de Septiembre, el kepis dorado de Trochu entre las bayonetas, había cuatrocientos mil parisienses llenos como él de buena voluntad, que en el cañón de su fusil habían puesto como una flor su resolución de morir como buenos.

¡Ah, miseria de la derrota! Todos aquellos valientes debían solamente estacionarse durante cinco meses, en su sitio, y comer carne podrida.

¡Que Dios perdone á los tímidos y á los habladores! ¡Ay! ¡Pobre vieja Francia! ¡Después de tanta gloria! ¡Pobre Francia de Juana de Arco y de Napoleón!

XVI

Hacia cerca de tres meses que duraba el gran sitio. El 3 de Noviembre se había librado una gran batalla en las riberas del Marne, después, durante veinticuatro horas, la acción cesó algún tanto por la mucha nieve que caía, pero decíase que la jornada del 2 de Diciembre sería decisivo.

Aquella mañana el batallón de la guardia nacional, del que formaba parte Amadeo Violette, había salido por primera vez con orden de mantenerse sencillamente de reserva en tercera línea, bajo los cañones de un fuerte situado en una espantosa llanura al Este de París.

Los guardias nacionales no tenían, por cierto, mal aspecto, aunque pareciesen algo embarazados por sus pesados capotes de paño azul obscuro con botones de hoja de lata, y por sus fusiles de cazoleta más pesados todavía, todo nuevo y como improvisado.

Salieron del centro de la ciudad á paso doble, de cuatro en fondo, al redoble de tambores y mandados por un coronel que había sido bagajero y herrador del tercero de húsares. Verdaderamente sólo deseaban portarse bien, y no era culpa suya el que, por falta de confianza en ellos, no se les destinara á la primera línea. Al llegar

á las fortificaciones y franquear el puente levadizo, entonaron la *Marsellesa* como hombres dispuestos á hacerse romper el bautismo. Lo que tal vez perjudicaba más á su aspecto marcial, eran sus sólidos zapatos de caza, sus polainas de cuero, sus guantes de algodón y sus bufandas, en fin, su aire confortable de gentes que se han procurado en su casa algunas cosas agradables, como, por ejemplo, panecillos rellenos de comestibles, pastillas de chocolate, tabaco y algún frasco de ron.

Apenas habían andando dos kilómetros fuera del parapeto y cuando llegaron cerca del fuerte, en donde en aquel momento no jugaba la artillería, un oficial de estado mayor, montado en un jacucho de amarillenta piel, que sólo tiene huesos y pellejo, les detuvo con un ademán y mandó secamente al comandante que se situaran á la izquierda del camino en un campo del que hacía tiempo se había arrancado hasta la última hierba. Allí formaron pabellones, y rompiendo filas esperaron órdenes.

¡Qué lugar tan siniestro! En el cielo sucias nubes y en la tierra terrenos áridos manchados de nieve á medio derretir; el fuerte, bajo, cerrado como en actitud de defensa; grupos de casas ruinosas en demasía; una fábrica, cuya alta chimenea habían destruido en parte las bombas, acribillando la pared, en la que aún se leían estas palabras, escritas con grandes letras negras: «Jabonería del High-Life,» y atravesando este paisaje de desolación un camino largo y tortuoso, que se prolongaba hasta allá abajo, del lado del campo de batalla, y en medio del cual, ofreciendo un símbolo de muerte, yacía el cadáver de un caballo, caído allí como un fardo.

Frente á los guardias nacionales, al otro lado del camino, tomaba el rancho un batallón de línea, muy castigado en la acción de la antevíspera. Habíase replegado en aquel sitio para descansar un poco y había pasado toda la noche sin abrigo y azotado por la nieve. Tiritando, llenos de barro, cubierto de andrajos, los soldados lúgubrementemente agrupados alrededor de escasas hogueras de leña verde que apenas ardía, ofrecían un aspecto lamentable. Los infelices mostraban caras cetrinas y barbas de hospital debajo de sus kepis deformados. Azotados por el viento áspero y frío que barría la llanura, sentían estremecerse sus espaldas rendidas de cansancio, cuyos omóplatos se hundían debajo del paño ajado de sus capotes. Algunos de ellos, que por estar heridos levemente no habían sido llevados á la ambulancia, mostraban en la frente ó en las muñecas surcos sangrientos. Cuando pasaba un oficial humillado y con la cabeza baja, no le saludaban. Aquellos hombres habían sufrido demasiado, y en sus extraviadas miradas adivinábase una desesperación furiosa é insolente, próxima á estallar en injurias. Hubieran causado horror á no haber inspirado compasión. ¡Ay! Eran vencidos.

(Continuará).

Páginas de la Moda



FIG. 1.—TOILETTE DE PASEO.

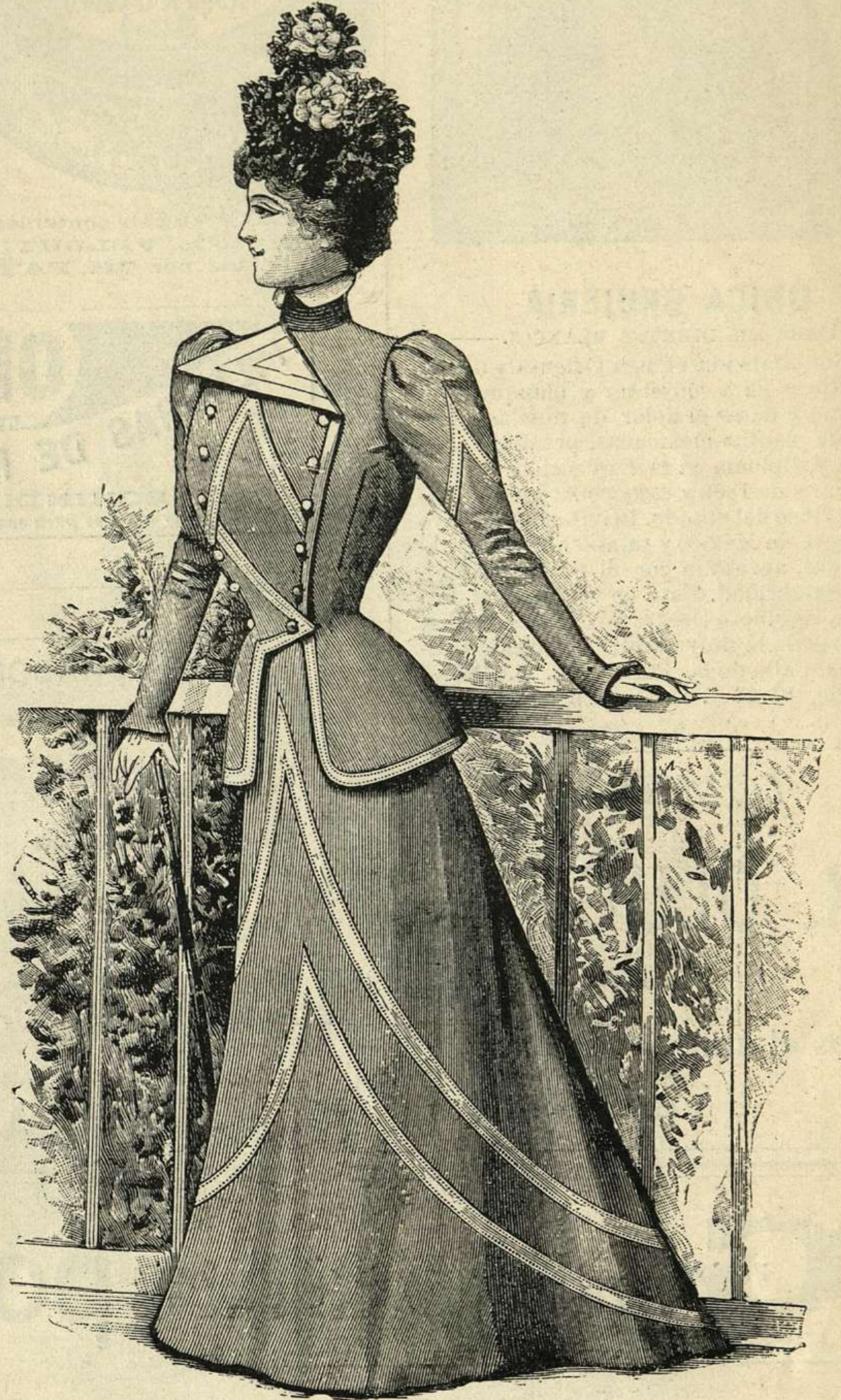


FIG. 2.—TRAJE DE CIUDAD.

LECTURA PARA LAS DAMAS.

LA MADRE.

Aquella tarde terminaban en la iglesia del pueblo los ejercicios que preceden á la primera comunión.

Habíamos comido temprano para que mi mujer y mi hija pudiesen asistir al templo, y solo con mi anciana madre me puse á hablar íntimamente con ella ante la chimenea.

—Es preciso—me decía la buena señora—que te vayas acostumbrando á la idea de una separación, puesto que no tendrás siempre á tu hija junto á tí.

—Demasiado lo sé!

—Esa es la ley del mundo y pronto habrá que pensar en buscar á mi nieta un buen marido.

—Por Dios madre mía, no hables más de eso!

—¿Pero no me abandonaste tú también para entrar primero en la Escuela Militar y después en el regimiento y luego cuando te casaste?

—No es lo mismo. Los hombres deben llevar una vida independiente que les obliga á todo género de sacrificios.

—Lo sé, hijo mío, lo sé perfectamente.

Mi madre reanudó su labor agitando rápidamente los labios como el que dispone de argumentos sólidos de los que no quiere hacer uso. Interrumpiendo después su trabajo y mirándome cara á cara, añadió:

—¿Y te figuras acaso que no te amo tanto como tú amas á tu hija?

—Con la diferencia de que María es un ángel y yo soy un pobre diablo; de que ella es una flor y yo empiezo á ser ya un señor respetable; de que ella tiene doce años y yo he cumplido los cuarenta; de que puedo sentarla en mis rodillas y yo te aplastaría si tratase de sentarme en tu falda.

—¡Vaya un modo de disparatar! ¿Se yo por ventura si eres hermoso ó feo, si eres joven ó viejo? Me parece todavía que era ayer cuando me enlazabas con tus brazos antes de acostarte.

—Todo eso es pura coquetería. Confiesa que deseas rejuvenecerte con los recuerdos de otros tiempos. Pues bien; la ocasión no puede ser más propicia. Rejuvenezcámonos juntos.



FIG. 3.—TRAJES PARA NIÑITA DE 5 A 6 AÑOS

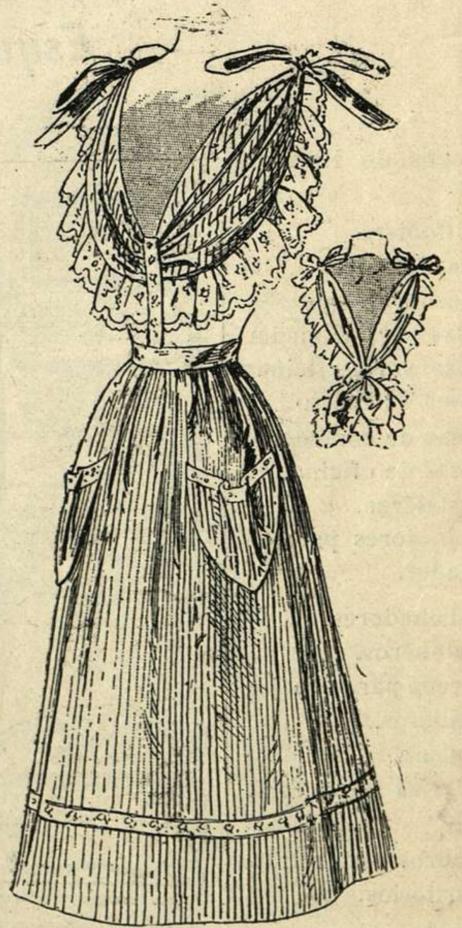


FIG. 4.—TABLERO PARA NIÑITA, DELANTERO Y ESPALDA



UNICA BRUJERIA

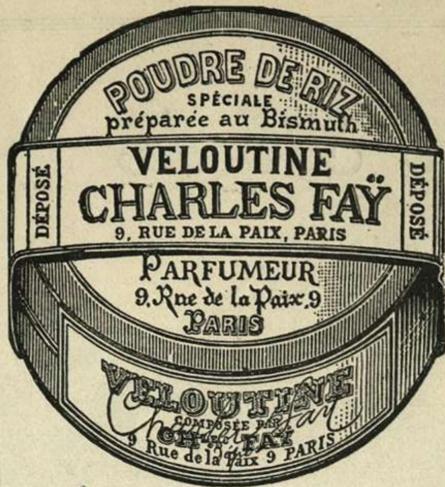
— PARA MIS DIENTES BLANCOS. —

La muy afamada «Pasta Oriental» de los Dres. Spyer para conservar y blanquear la dentadura y curar el dolor de muelas, compuesta de plantas mexicanas, premiada con medalla y diploma en la Exposición Universal de Paris de 1889 y reconocida como el mejor dentrífico del mundo. Privilegio exclusivo de Patente de México y también de los Estados Unidos, aprobada por el Supremo Consejo de Salubridad. Está de venta en el tan conocido Gabinete Dental de los Dres. Spyer, inventores de la muy afamada dentadura automática. Calle de la Palma No. 3. Precio del pomo, \$1.00 Ventas al por mayor con descuento.

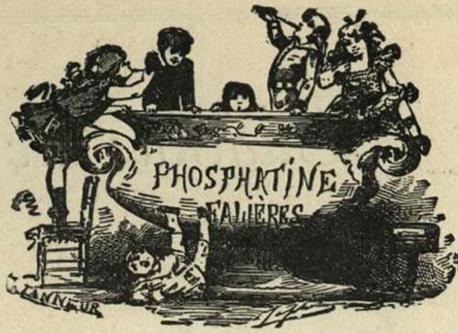
TOMESE

EL OLUGNA

Que es el único específico para la sangre.



FACSIMILE de la caja conteniendo el verdadero polvo "VELOUTINE" inventado por CH. FAY.



La Fosfatina Falières

es el alimento más agradable y el mas recomendado para los niños desde la edad de seis á siete meses sobre todo en el momento del destete y durante el periodo del crecimiento. Facilita la dentición, asegura la buena formación de los huesos. PARIS, 6, Avenue Victoria, y en todas las farmacias.

PILDORAS DE REDUCCIÓN DE MARIENBAD
OBESIDAD
 tratada con éxito desde hace 30 años con las
 En las principales Farmacias
 del D. SCHINDLER-BARNAY, consejero imperial
 Son también muy eficaces para combatir el estreñimiento y purgan con suavidad y sin odores.

RESTAURADOR UNIVERSAL DEL CABELLO

PREPARADO POR EL DR. TORREL, DE PARIS.

PETROL

Unica preparación para restablecer, vigorizar y hermosear el cabello.

Impide la prematura caída del pelo. Evita las canas y limpia la cabeza. Preferible á toda preparación de quina.

De venta: en todas las Droguerías y Perfumerías.



Las Mujeres Están Sujetas á muchas Enfermedades.

El Cura quien hizo esta declaración sabía que, lo que decía era verdad. La parte que la mujer toma sea socialmente, moralmente ó físicamente es muy rígida. Mucha de su existencia es monótona llena de penas y solicitudes. Ella parece haber nacido para sufrir, creada por dolores y surtida para aguantar. Es dichoso que esté dotada así, porque, no hay duda que padece mucho y tiene muchas penas. Hay el desarrollo misterioso de la doncella ó soltera el cuidado de la maternidad y el cambio que se efectúa envejeciéndose. Cuan grande causa, para dar las gracias, debiera ser el descubrimiento científico que ha dado á la mujer el mejor amigo que jamás ha tenido. Es un amigo en caso de necesidad. Es un amigo el ayuda de la cual es segura. Es un amigo durante su doncella su maternidad y su vejez. Es ese remedio maravilloso y digne de confianza.

LA CURA SEGURA DE WARNER

Mujeres quienes estaban débiles, aburridas y cansadas han sido hechas fuertes, vivas y dichosas por medio de su ayuda. Mujeres quienes se sintieron melancólicas hanse vuelto ser alegre gracias á su poder. Mujeres en la cara de las cuales se podía ver las expresiones de solicitud, palidez causada por los dolores, son poseedoras de su viveza natural y se hallan alegres gracias á su ayuda segura. Mujeres en los ojos sin lustre de las cuales, se podía ver la desesperación han sido hechas jóvenes por medio del poder mágico de esta verdadera amiga. ¿Extraña Ud. de que esta maravillosa Cura Segura es tan popular? ¿Se sorprende Ud. porque, está usada en el mundo entero? Pregunte Ud á cualquiera mujer que Ud. conozca y ella le dirá francamente lo que decimos ahora: que la maravillosa Cura Segura se ha hecho tan popular entre las mujeres especialmente porque les ha probado que es. Su mejor amiga.

Gran venta por cambio de local.

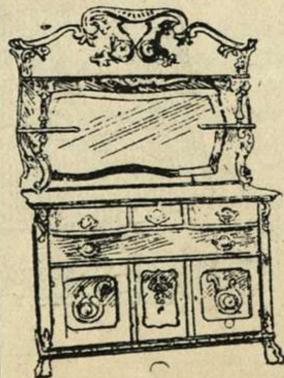
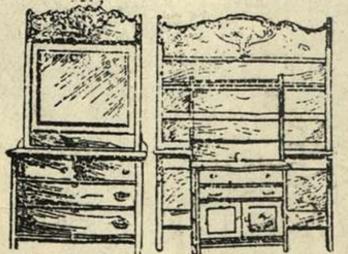
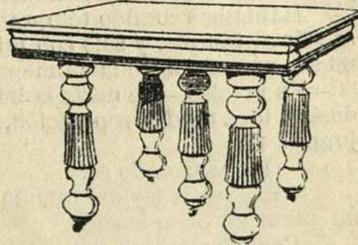
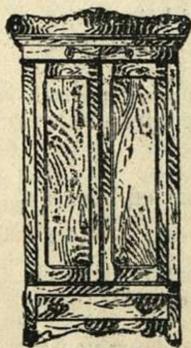
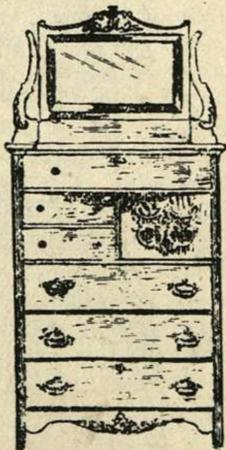
American Furniture Manufacturing Co.

Esquina 3^a Independencia y Callejón de López.

Juegos de Recámara.

- Chiffoniers.
- Guardarropas.
- Mecedores.
- Sillas para comedor.
- Sillas para oficinas.
- Mesas de centro.
- Mesas de comedor.
- Mesas de oficina.
- Cristaleros.
- Aparadores para comedor.

- Trinchadores.
- Bastoneros.
- Marcos para espejos.
- Toalleros.
- Repisas.
- Galerías para cortina.
- Cuadros para retrato.
- Escritorios.
- Refrigeradores.
- Mesas de noche.
- Juegos de lavabo.
- Etc., etc.



Esperamos cambiarnos en nuestro nuevo almacén, enfrente del que ahora ocupamos, la próxima semana. Como no deseamos pasar más efectos que los que nos sean necesarios, ofrecemos muebles, juegos de lavabo ingleses, etc., con una gran rebaja sobre nuestros baratos precios actuales, y tan próximos al precio de costo como nos sea posible.

ACABAMOS DE RECIBIR

Un bonito y variado surtido

--De tapetes japoneses--

que también ofrecemos á precios excesivamente bajos.

Aprovechamos esta oportunidad para informar á nuestros amigos y compradores, que estamos manufacturando un surtido de muebles decorados á mano, que excede en belleza y diseño á cualquiera otra de su clase que se halla ofrecido en la República. Es especialmente propia para regalos de matrimonio y nacimiento. Debe verse para poder ser apreciado.

Páginas de la Moda

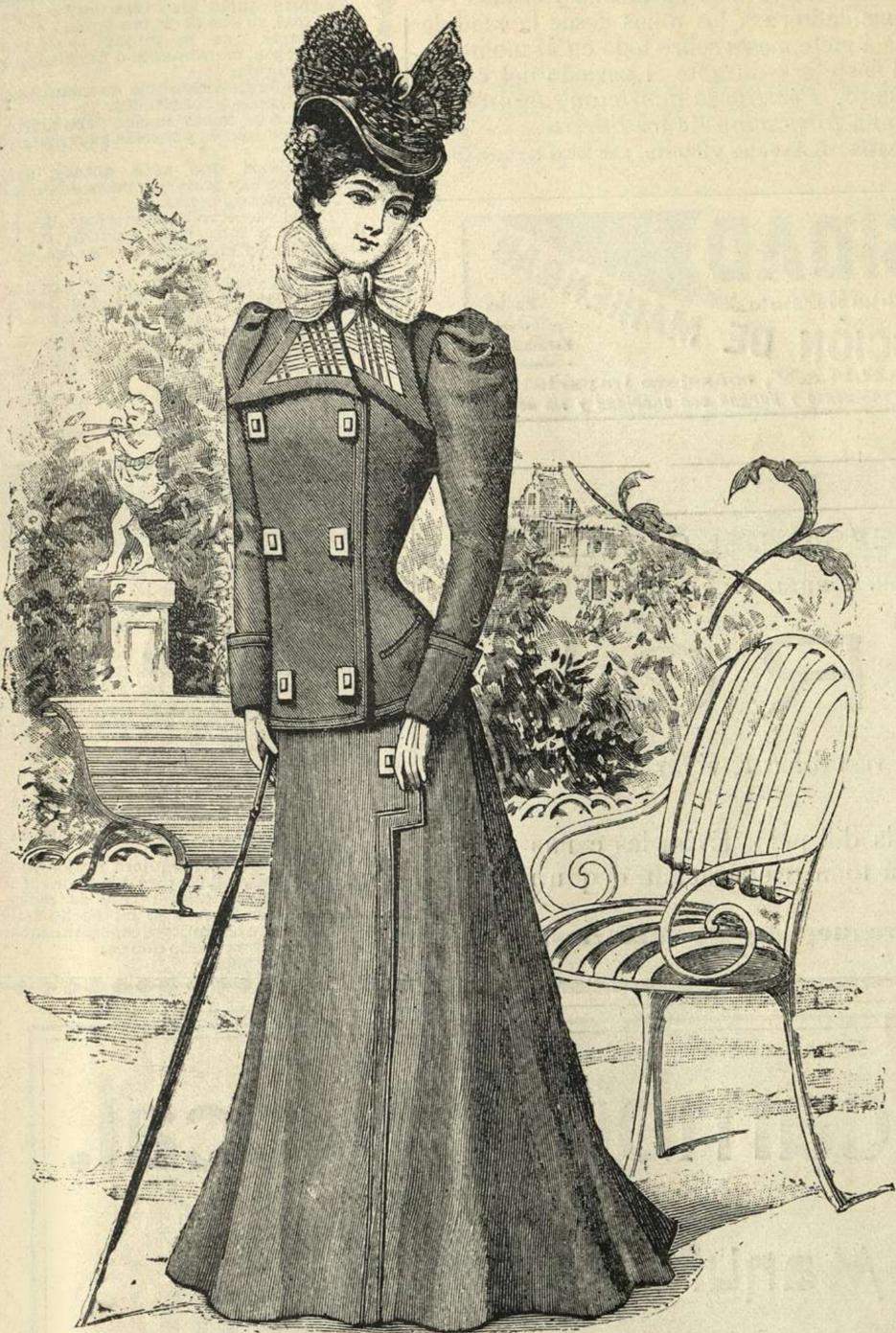


FIG. 1.—TOILETTE DE PASEO.

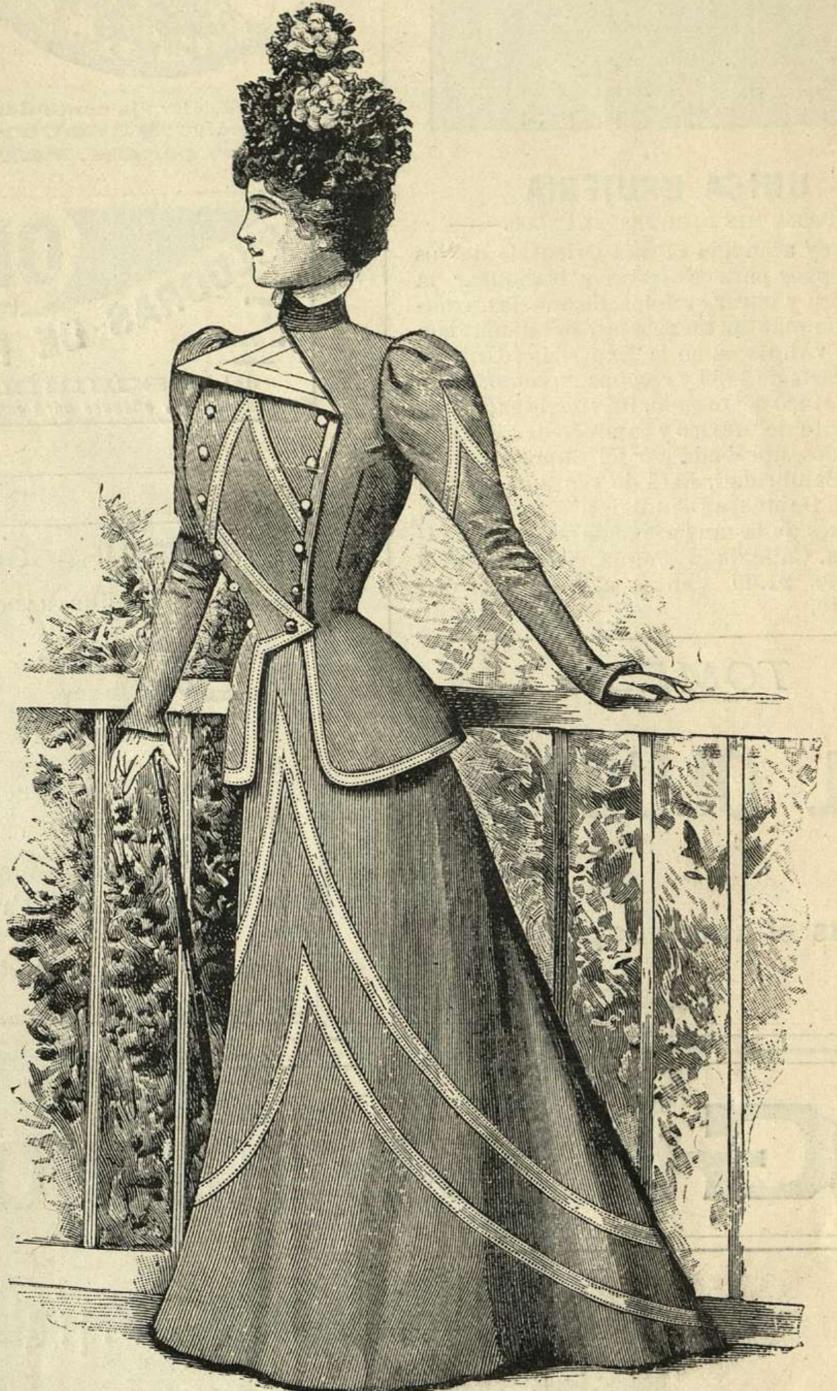


FIG. 2.—TRAJE DE CIUDAD.

LECTURA PARA LAS DAMAS.

LA MADRE.

Aquella tarde terminaban en la iglesia del pueblo los ejercicios que preceden á la primera comunión.

Hábilamos comido temprano para que mi mujer y mi hija pudiesen asistir al templo, y solo con mi anciana madre me puse á hablar íntimamente con ella ante la chimenea.

—Es preciso—me decía la buena señora—que te vayas acostumbrando á la idea de una separación, puesto que no tendrás siempre á tu hija junto á tí.

—¡Demasiado lo sé!

—Esa es la ley del mundo y pronto habrá que pensar en buscar á mi nieta un buen marido.

—¡Por Dios madre mía, no hables más de eso!

—¿Pero no me abandonaste tú también para entrar primero en la Escuela Militar y después en el regimiento y luego cuando te casaste?

—No es lo mismo. Los hombres deben llevar una vida independiente que les obliga á todo género de sacrificios.

—Lo sé, hijo mío, lo sé perfectamente.

Mi madre reanudó su labor agitando rápidamente los labios como el que dispone de argumentos sólidos de los que no quiere hacer uso. Interrumpiendo después su trabajo y mirándome cara á cara, añadió:

—¿Y te figuras acaso que no te amo tanto como tú amas á tu hija?

—Con la diferencia de que María es un ángel y yo soy un pobre diablo; de que ella es una flor y yo empiezo á ser ya un señor respetable; de que ella tiene doce años y yo he cumplido los cuarenta; de que puedo sentarla en mis rodillas y yo te aplastaría si tratase de sentarme en tu falda.

—¡Vaya un modo de disparatar! ¿Se yo por ventura si eres hermoso ó feo, si eres joven ó viejo? Me parece todavía que era ayer cuando me enlazabas con tus brazos antes de acostarte.

—Todo eso es pura coquetería. Confiesa que deseas rejuvenecerte con los recuerdos de otros tiempos. Pues bien; la ocasión no puede ser más propicia. Rejuvenezcámonos juntos.



FIG. 4.—TABLERO PARA NIÑITA, DELANTERO Y ESPALDA



UNICA BRUJERIA

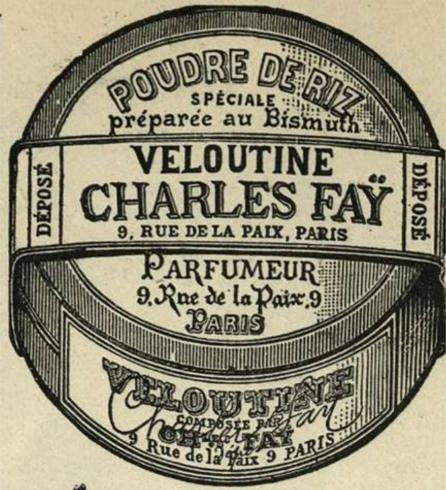
— PARA MIS DIENTES BLANCOS. —

La muy afamada «Pasta Oriental» de los Dres. Spyer para conservar y blanquear la dentadura y curar el dolor de muelas, compuesta de plantas mexicanas, premiada con medalla y diploma en la Exposición Universal de Paris de 1889 y reconocida como el mejor dentrífico del mundo. Privilegio exclusivo de Patente de México y también de los Estados Unidos, aprobada por el Supremo Consejo de Salubridad. Está de venta en el tan conocido Gabinete Dental de los Dres. Spyer, inventores de la muy afamada dentadura automática. Calle de la Palma No. 3. Precio del pomo, \$1.00 Ventas al por mayor con descuento.

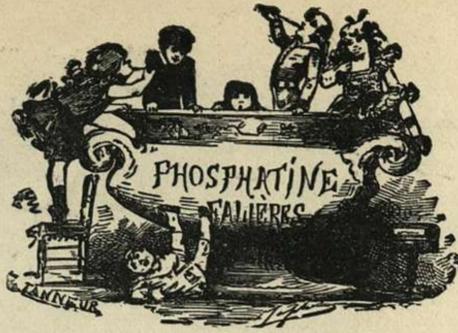
TOMESE

EL OLUGNA

Que es el único específico
para la sangre.



FACSIMILE de la caja conteniendo el verdadero polvo "VELOUTINE" inventado por CH. FAY.



La Fosfatina Falières

es el alimento más agradable y el más recomendado para los niños desde la edad de seis á siete meses sobre todo en el momento del destete y durante el periodo del crecimiento. Facilita la dentición, asegura la buena formación de los huesos. PARIS, 6, Avenue Victoria, y en todas las farmacias.

OBESIDAD
trata con éxito desde hace 30 años con las

PILDORAS DE REDUCCION DE MARIENBAD

PARIS 6, rue Vivienne En las principales Farmacias

del Dr. SCHINDLER-BARNAY, consejero imperial
son también muy eficaces para combatir el estreñimiento y purgan con suavidad y sin esfuerzos.

RESTAURADOR UNIVERSAL DEL CABELLO

PREPARADO POR EL DR. TORREL, DE PARIS.

PETROL

Unica preparación para restablecer, vigorizar y hermosear el cabello.

Impide la prematura caída del pelo. Evita las canas y limpia la cabeza. Preferible á toda preparación de quina.

De venta: en todas las Droguerías y Perfumerías.



Las Mujeres Estan Sujetas á

muchas Enfermedades.

El Cura quien hizo esta declaración sabia que, lo que decia era verdad. La parte que la mujer toma sea socialmente, moralmente ó físicamente es muy rigida. Mucha de su existencia es monótona llena de penas y solicitudes. Ella parece haber nacido para sufrir, creada por dolores y surtida para aguantar. Es dichoso que esté dotada así, porque, no hay duda que padece mucho y tiene muchas penas. Hay el desarrollo misterioso de la doncellez ó soltería el cuidado de la maternidad y el cambio que se efectua envejeciéndose. Cuan grande causa, para dar las gracias, debiera ser el descubrimiento científico que ha dado á la mujer el mejor amigo que jamás ha tenido. Es un amigo en caso de necesidad. Es un amigo el ayuda de la cual es segura. Es un amigo durante su doncellez su maternidad y su vejez. Es ese remedio maravilloso y digne de confianza.

LA CURA SEGURA DE WARNER

Mujeres quienes estaban débiles, aburridas y cansadas han sido hechas fuertes, vivas y dichosas por medio de su ayuda. Mujeres quienes se sintieron melancólicas hanse vuelto ser alegre gracias á su poder. Mujeres en la cara de las cunles se podía ver las expresiones de solicitud, palidez causada por los dolores, son poseedoras de su viveza natural y se hallan alegres gracias á su ayuda segura. Mujeres en los ojos sin lustre de las cuales, se podía ver la desesperación han sido hechas jóvenes por medio del poder mágico de esta verdadera amiga. ¿Extraña Ud. de que esta maravillosa Cura Segura es tan popular? ¿Se sorprende Ud. porque, está usada en el mundo entero? Pregunte Ud á cualquiera mujer que Ud. conozca y ella le dirá francamente lo que decimos ahora: que la maravillosa Cura Segura se ha hecho tan popular entre las mujeres especialmente porque les ha probado que es. Su mejor amiga.

Gran venta por cambio de local.

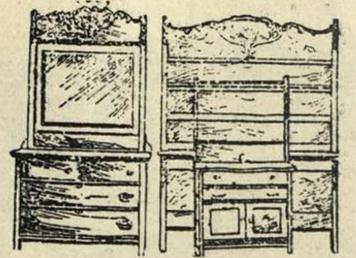
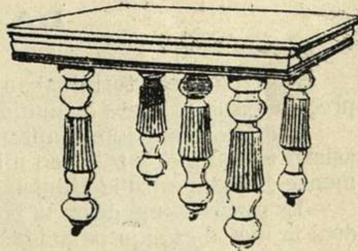
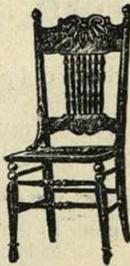
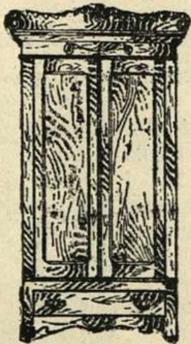
American Furniture Manufacturing Co.

Esquina 3^a Independencia y Callejón de López.

Juegos de Recámara.

- Chiffoniers.
- Guardarropas.
- Mecedores.
- Sillas para comedor.
- Sillas para oficinas.
- Mesas de centro.
- Mesas de comedor.
- Mesas de oficina.
- Cristaleros.
- Aparadores para comedor.

- Trinchadores.
- Bastoneros.
- Marcos para espejos.
- Toalleros.
- Repisas.
- Galerías para cortina.
- Cuadros para retrato
- Escritorios.
- Refrigeradores.
- Mesas de noche.
- Juegos de lavabo.
- Etc., etc.



Esperamos cambiarnos en nuestro nuevo almacén, enfrente del que ahora ocupamos, la próxima semana. Como no deseamos pasar más efectos que los que nos sean necesarios, ofrecemos muebles, juegos de lavabo ingleses, etc., con una gran rebaja sobre nuestros baratos precios actuales, y tan próximos al precio de costo como nos sea posible.

ACABAMOS DE RECIBIR
Un bonito y variado surtido

--De tapetes japoneses--

que también ofrecemos á precios excesivamente bajos.

Aprovechamos esta oportunidad para informar á nuestros amigos y compradores, que estamos manufacturando un surtido de muebles decorados á mano, que excede en belleza y diseño á cualquiera otra de su clase que se halla ofrecido en la República.

Es especialmente propia para regalos de matrimonio y nacimiento. Debe verse para poder ser apreciado.